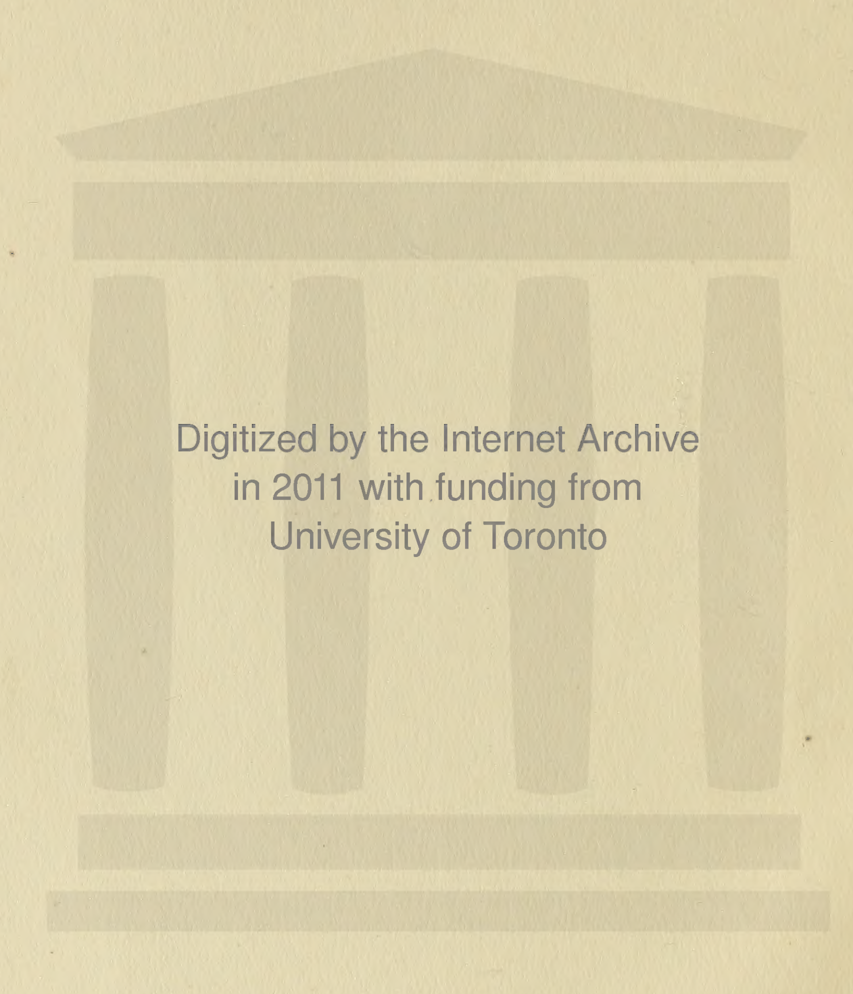

3 1761 08831818



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

HAROLDO EL NORMANDO

LEYENDA TRÁGICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

CUARTA EDICIÓN

MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

HAROLDO EL NORMANDO

HAROLDO EL NORMANDO

LEYENDA TRÁGICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representada por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL el 3 de Diciembre de 1881

CUARTA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1902

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
HAROLDO................	Don	Rafael Calvo.
AUSGUERDA.	Doña	Luisa Calderón.
AURELIA..........		Antonia Contreras.
RAGUENHAR.	Don	Donato Jiménez.
ERICO....................		Ricardo Calvo.
EGIL......................		José Calvo.
EL CONDE LOTARIO.....		José Valero.

Soldados normandos

La escena en el primer acto pasa en cualquier costa ó isla de Escandinavia. En los dos últimos actos en la costa de Galicia

Época: cualquiera del siglo IX al XI

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una cabaña perteneciente á un jefe normando. A la izquierda del espectador un banco ó lecho cubierto con pieles. A la derecha, en el suelo, y aun mejor en un hoyo, el rescoldo de una hoguera: alrededor unos cuantos toscos escabeles de madera. Armas, pieles, trofeos salvajes de guerra y y caza. Uno de esos largos crepúsculos de las regiones boreales. Por la abertura del fondo se distinguen vagamente el mar y el horizonte.

ESCENA PRIMERA

RAGUENHAR, ERICO, EGIL. Los tres sentados alrededor de la hoguera

EGIL ¿Y cuándo será?
RAG. Mañana.
Ya sus cadenas de hielo
rompió el mar, y con sus olas
la playa bate soberbio.
Libre y bullente se ve,
en cuanto alcanza á lo lejos
la vista, desde las crestas
de esos empinados cerros,
y su infinita llanura
es ancho camino abierto
al arrojo del normando
y á las proras de sus leños.
Huyen al norte vencidos,

como monstruos del invierno,
en tumultuosos rebaños
sobre las olas los témpanos;
de verde se viste el monte,
de plata los arroyuelos,
de luz la cóncava esfera,
y como globo de fuego
traza el sol en los espacios,
una corona fingiendo,
á ras del ancho horizonte,
casi un círculo completo.

EGIL ¡A las barcas! (Con entusiasmo.)
ERICO ¡A la mar!
EGIL ¡A otras tierras!
ERICO ¡A otros reinos!
EGIL ¡Para el normando es el mundo!
ERICO ¡Debe serlo!
RAG. ¡Debe serlo!

ESCENA II

RAGUENHAR, ERICO, EGIL, AUSGUERDA, deteniéndose un momento en el fondo, después avanzando lentamente

AUSG. ¡Qué fácil es el decirlo;
pero cuánto cuesta luego
de esas gentes y esas tierras
domar los ímpetus fieros!
¡Cuántos jefes invencibles
en sus barcazas se fueron,
después de lanzar tres veces
sus venablos á los cielos,
desde el puente movedizo
hasta el alto mastelero!
¡Cuántos! y ya nadie vió
venablos, barcas ni dueños.
Muchos dejaron las islas
al derretirse los hielos:
al alargarse las noches,
pocos, muy pocos volvieron.

ERICO Porque quedaron por amos
y señores de los pueblos,

que en las regiones del sol
hallaron nuestros abuelos.
Porque esta tierra sin vida,
porque este rincón estrecho,
con sus noches que no acaban,
y con sus helados piélagos,
es cuna de muchos bravos,
y de reyes semillero.
Pregunta, Ausguerda, pregunta
al ya dividido imperio
de Carlo-Magno, qué tal
se hunden en sus trozos viejos
los nudos de nuestras mazas,
y el filo de nuestros hierros.
Al Sena, al Loire, al Garona,
pregunta hasta dónde fueron
nuestras barcazas de guerra,
al golpe de nuestros remos;
y busca en Tours, en París,
en torres y en monasterios,
las mellas que nuestros brazos
sobre las piedras hicieron.
Que te señalen los cauces
por donde bajó sin freno,
la sangre que fué á los ríos
en rojo torrente espeso:
que te expliquen por qué crece
tan alto, jugoso y tierno
el pasto, sobre el borrado
surco del campo frontero;
y levanta la cabeza,
que aun podrás ver á lo lejos
nubes de humo que se van
azotadas por el viento;
y á la par de las del sol,
allá en los últimos términos,
luces rojas, chispas vivas,
y resplandores de incendios.

EGIL Así: bien dices, Erico.
¿Pues acaso no tenemos
frente á la Neustria, unas islas
que casi son un imperio?
Pues hasta el fin de la tierra

con el velámen abierto,
como las aves del mar
abren sus alas al viento,
¿no llegan nuestros marinos
y no van nuestros guerreros?
¿Qué era Haroldo y qué será?
Hace un año, ó poco menos,
que fué al golfo de Aquitania
con cincuenta compañeros,
y hoy el botín le rebosa
en arcas, sacos, pellejos,
y aun ha tenido que abrir
un ancho foso en el suelo,
para amontonar de plata
riquísimos ornamentos.

RAG. (Con acento rencoroso.)
En eso hay de todo un poco,
y muchos llegan á viejos,
que no logran lo que logra,
sin saber cómo, un mancebo.
Quince veces he salido
de Jutlandia: quince he vuelto:
nueve al golfo armoricano:
y hasta una vez por empeño,
á una ciudad muy hermosa,
con una tierra y un cielo,
que si yo hubiese podido
en mis barcazas traerlos,
se acabaran estas noches
y estas sombras, y estos hielos.
Hispalis su nombre fué,
si es que su nombre recuerdo.

ERICO ¿Y qué trajiste?

RAG. Pues traje,
alguna sangre de menos:
dos cuchilladas de más:
y un capacete de hierro,
que allá veréis en mi tienda,
y en que hace diez años hiervo
de las ballenas la grasa
y de los osos el sebo.

EGIL ¡Bravo botín, Raguenhar!

RAG. ¡Pues en lo bravo no cedo

á nadie! Que si tu Haroldo
tiene bríos, bríos tengo.
Si él de un hachazo divide
de la foca el ancho cuello,
yo lo divido también.
¿Se atreve á un oso? Me atrevo.
¿Va á caza de lobos? Voy.
¿Al mar? Al mar. Nada temo:
ni hombres, ni dioses, ni espíritus,
que sangre de Bardur llevo,
de aquel que venció gigantes
entre la tierra y el cielo.

EGIL Pues tus hazañas hasta hoy
hánse quedado sin premio.
Veinte veces te metiste
como lobo carnicero
por la Aquitania, la Neustria,
la Galicia, y siempre has vuelto
con la piel agujereada
y los sacos sin relleno.

RAG. En eso, verdad dijiste.
No conseguí, rapazuelo,
ni siquiera para muestra
ó decoro de mi cuerpo,
ni un manto de esos de púrpura,
que lleva colgado al cuello
cualquier mal emperador
en esos ruines imperios.
Ni una corona de piedras
brillantes como luceros,
encajadas en el áureo
anillo que forma el cerco.
Ni un vaso de sus altares,
ni una cruz de plata al menos,
ni siquiera alguna esclava
de cútis rosado y fresco,
como esa Aurelia, que trajo
Imborg el mercader viejo.

AUSG. ¿Qué recurso? Odín no quiso
dar recompensa á tu esfuerzo.
Él es, quien es. Él reparte
la sangre, el botín y el fuego.

RAG. Con otros fué más cruel:

yo salvé al fin mi pellejo;
pero algún gran rey del mar
(Con ironía.)
conocí yo en otros tiempos,
que al manto de cierto conde
de Galicia á lo que pienso,
y que por amigo suyo
pasaba, con gran empeño,
la púrpura de sus venas,
dió en torrentes por el cuello,
para aumentar de este modo
el brillo del traje regio;
que por un amigo, Ausguerda,
¿qué menos se hace? ¿qué menos?
¿No es verdad?

Ausg. (Con sorpresa.) ¿Tú sabes...?

Rag. Todo.

Ausg. ¿Todo?... ¡Nada! ¡Sueños! ¡Sueños!

Egil ¿Es una historia?

Rag. Una historia
que ella y yo solos sabemos.
Yo por mis años, Egil,
y ella por los privilegios
de magia y hechicería
que todos le concedemos.
¡Mira, mira... ya el conjuro
(Todo esto con creciente ironia.)
late en sus labios bermejos!
¡Ya su semblante se inflama,
y entre las arrugas, fuego
corre, cual corre en sus cauces
el encendido elemento
del volcán, cuando rebosa
desde sus profundos senos!
¡La evocación!... ¡ya el vestiglo
vendrá...! ¡mirad en lo negro!
(Señalando á la puerta.)
O son embustes tus magias,
ó nos muestras un portento.
(En este instante, más allá de la puerta, aparece Aurelia.)

Egil ¡Por Odín!
(Levantándose y señalando hacia fuera.)

ERICO ¡Por el gigante
de los abismos!
(Lo mismo)

RAG. ¿Qué es eso?...
(Lo mismo.)
¡Toma, si es la esclava Aurelia!

ESCENA III

AUSGUERDA, RAGUENHAR, ERICO, EGIL, AURELIA por el fondo

RAG. Buen susto os dió.
(Sentándose: todos, menos Aurelia, que permanece en en pie, hacen lo mismo. Ausguerda fué la única que no se movió, ni mostró espanto)

ERICO No lo niego;
pero tú, con ser tan bravo,
hoy has sido de los nuestros.

RAG. En la sorpresa tal vez:
más no lo he sido en el miedo.

AUSG. ¿Qué buscas, esclava?

AUR. Yo...
vine á ver... si Haroldo...

AUSG. Luego:
más tarde.

AUR. No: va á venir
ahora mismo, que el consejo
de los ancianos, decían,
que estaba acabando.

RAG. Bueno:
acabará, pero él
por dicha suya, no es de ellos.

AUR. Con ellos estaba

RAG. ¡Haroldo!...
¡Un mozo!... ¿Con qué pretexto?
¡Imposible!

AUR. Reclamaba
por su valor y su esfuerzo,
por capitán de hombres libres,
y por hallarse dispuesto
á sostener su demanda,

brazo á brazo, y cuerpo á cuerpo,
contra otro cualquiera, el mando
de *soe-Kongar* supremo
en la expedición, que al mar
va á salir, cuando en el cielo
un poco más suba el sol,
y se levante un buen viento.

RAG. ¿Qué dices?... ¡Haroldo!... ¡Sueñas!
¡Imposible!

AUR. Pues dijeron
que los ancianos oían
con sumo agrado al mancebo.

RAG. ¡El, rey del mar! ¡El, quitarme
(Levantándose con ímpetu.)
lo que pide mi derecho!
¡Entre un mozo de veinte años
con todo el cabello negro,
y unos ancianos caducos
con más nieve en el cabello
que allá en los montes dofrines
cuajan cien noches de invierno,
han de burlarse de mí!
¡De mí, que en mi frente llevo
corona gris, que es la fuerza;
cicatrices en mi pecho,
que es libro de mis hazañas;
y más mellas en el hierro
de mi espada, que en los montes
con sus dientes hizo el tiempo!
¡Querer que salga al mandato
de quien aun lleva en su cuerpo,
como quien dice, señales
de azotes, que con el cuero
de mi cinturón mi brazo
dióle firme por travieso!
¡Pues no será! ¡Que no, digo!
¡Soy quien soy! ¡Soy el primero!
Y lo mismo arrojo al mar
á ese mozo, que á esos viejos,
que á toda la miserable
raza que les presta aliento,
como prefieran por torpes,
por ingratos ó por necios

á Raguenhar el normando,
Haroldo el aventurero.
(Dirigiéndose á la puerta.)

ERICO ¿A dónde vas?
RAG. A impedirlo.
ERICO No es razón; yo le defiendo;
como Haroldo no hay ninguno:
ni hombre, ni mozo, ni viejo.
¡*Soe-Kongar* ha de ser!
RAG. Lo veremos.
ERICO Lo veremos.
EGIL Erico dice verdad.
RAG. Pues al Consejo.
ERICO Al Consejo.
(Se dirigen los tres á la puerta.)
RAG. ¡Insensata juventud!
EGIL ¡A la vejez la prefiero!
RAG. ¡Soy la fuerza!
ERICO ¡Y él la audacia!
¿Quién vale más?
RAG. Probaremos.
(Salen los tres por el fondo.)

ESCENA IV

AURELIA y AUSGUERDA, ésta sentada junto á la hoguera; Aurelia en pie

AUR. ¿No vas, Ausguerda?
AUSG. ¿Yo? No.
¿Para qué?
AUR. ¿Pues no has oído?
Raguenhar, enardecido
con las iras que encendió
en su frente uraña y corta
mi relato, va dispuesto
á disputarle su puesto.
AUSG. ¿A quién?
AUR. ¡A Haroldo!
AUSG. ¡Qué importa!
AUR. Que es Haroldo el mas valiente.
AUSG. No es cobarde Raguenhar.

AUR. Pero ¿cómo ha de igualar
aunque soberbio lo intente
—si no consiste en querer
sólo el conquistar la palma—
valor que brota del alma
y es todo uno con el ser?
¿Quién contra sí se asegura?
¿Quién vence á naturaleza?
Una cosa es la fiereza
y otra cosa es la bravura.
El otro será cruel
y de torva condición;
en esto tienes razón;
pero más valiente es él.
(Pausa. Ausguerda la mira fijamente.)
¿No vas?

AUSG. Me agrada el rescoldo.
(Nueva pausa.)
De modo que si pudieras
el mando supremo dieras
de la expedición...

AUR. A Haroldo.

AUSG. ¿Tú sabes á dónde van
con sus teas y sus mazas?
¿Por qué ríos sus barcazas
las quillas enfilarán?
¿Cuales campos van á arder,
qué torres se van á hundir,
qué labios van á gemir,
qué sangre se va á verter?
¿A dónde el normando audaz,
mensajero de la muerte,
llevará su brazo fuerte
y su condición rapaz?
Responde; ¿lo sabes?

AUR. Sí. (Pensativa.)

AUSG. No es á la Aquitania.

AUR. No.

AUSG. Es á tu patria.
(Pausa. Aurelia inclina la cabeza.)
¿Olvidó
su origen tan pronto aquí
la noble ibera, que un año

y no más de esclavitud
tuvo la rara virtud
y tuvo el poder extraño
de cambiar de condición;
de borrar de su memoria
padres, patria, nombre, historia;
de vencer su corazón,
ó por ingrato ó por blando,
con tal arte y tal manera,
que ya siente cual si fuera
todo un corazón normando?

AUR. ¡No es eso!... ¡No!... ¡Por favor!
(Angustiada.)

AUSG. Si yo no te recrimino:
cada cual sigue el camino
que le parece mejor.
¿Que alguno vendió á los suyos?
Pues reclame quien reclame:
á mí me parece infame;
pero allá verán los tuyos.
A los normandos que van
codiciosos á la empresa
y al estrago, ¿te interesa
darles bravo capitán?
Pues sigue así, que me place:
tanto que ya no me asombra.
Por igual sitio la sombra
nace, que el sol cuando nace.
(Pequeña pausa. Queda pensativa.)
Tales demencias, mujer,
no hay quien las pueda explicar,
sino por el mucho odiar,
ó por el mucho querer.

AUR. ¡Odiar! ¿A quién?

AUSG. A tu gente.

AUR. Eso no.

AUSG. Pues á otra cuerda:
la de amar.

AUR. ¿Amar, Ausguerda?

AUSG. A ese mozo tan valiente.
En las fieras el amor
nunca llega á lo monstruoso:
ni empuja á la loba el oso,

ni á la tigre va el condor.
Pero en esta raza humana
codiciosa de placer,
amor logra revolver
clases, pueblos, odios... Vana
es para él toda barrera,
que la pasión, es pasión,
y el corazón, corazón:
es decir, la mayor fiera.
Con sangre en tu seno traza (Levantándose.)
las palabras que te digo:
mujer que ama á su enemigo
y hace traición á su raza
porque es gallardo... un Haroldo,
no merece compasión.
Esclava, á tu obligación,
que se apaga ese rescoldo. (Sale lentamente.)

ESCENA V

AURELIA mirando cómo sa aleja

¡Dice cosas tan extrañas!...
¡La pobre mujer delira!...
(Pausa. Se sienta junto al rescoldo y se queda en meditación.)
¡Cómo se eleva la espira
del humo en estas cabañas!...
Pero no se va jamás...
envuelve, oprime y acosa...
y eso que ésta es más hermosa,
más grande que las demás.
(Nueva pausa. Evoca recuerdos de otros tiempos.)
De mi padre en el castillo
también un rescoldo había,
pero no se parecía
á este rescoldo sencillo.
Por las anchas chimeneas
arrebataban los vientos
los humos de los sarmientos
y los humos de las teas.
Los escuderos reían,

y las mujeres rezaban,
las llamas chisporroteaban,
y los lebreles gruñían.
Eran veladas de paz,
y eran años de reposo...
nuestro castillo ¡qué hermoso!
Su vieja torre ¡qué audaz!
¡Mi padre!... (Pausa: enjugándose los ojos.)
Nunca volvió,
ni una sola vez, de caza,
sin gritar: «¿y mi rapaza?»
y la rapaza era yo. (Pequeña pausa.)
En fin, yo á todo me amoldo,
gracias á la Virgen pura.
Mi cabaña es más obscura
(Mirando alrededor.)
que esta cabaña de Haroldo.
(Se queda pensativa unos instantes y dice moviendo la cabeza.)
Dice Ausguerda... Entre esta gente
él es un rayo de luz,
una corona, una cruz, (Con entusiasmo,)
y no hay en todo Occidente,
ni alumbra el scl cuando sale,
desde Bretaña á Provenza,
ni paladín que le venza
ni monarca que le iguale.
La justicia es lo primero,
y aunque es pagano, es pagano
por su raza, que es cristiano
por el alma y caballero.
(Se retira hacia el fondo.)

ESCENA VI

AURELIA, HAROLDO

HAR. ¡Necio! ¡Conmigo luchar!
(Sin fijarse en Aurelia, viene á echarse en el lecho de pieles que está á la izquierda.)
Ya verá toda su maña
de qué le sirve. Y sin saña:

¡yo saña con Raguenhar!
Con algún ser superior
natural y justo fuera.
Con él, me empequeñeciera
si extremase mi valor.
En la roca que va al mar
por la parte de poniente,
será la brega, y la gente
y el Consejo han de fallar
quién da pruebas en el lance
de más fuerte y atrevido...
Buen sitio y bien escogido.
En cuanto llegue á mi alcance,
como agarra el oso blanco
piedra enorme y la dispara
del cazador á la cara,
así de tierra lo arranco,
lo llevo arriba de un vuelo,
por los ijares le cojo
y cuerpo muerto lo arrojo
sobre un témpano de hielo.
¡Yo me quedo en el peñón,
y allá se fué Raguenhar
navegando sobre el mar,
llanura de su ambición!
(Describiendo en sus movimientos y con sus entonaciones lo que piensa hacer. Entretanto Aurelia, desde lejos, dice tímidamente.)

AUR. Perdona...
HAR. ¿Quién es?
AUR. Haroldo...
HAR. Aurelia... (Sin levantarse.)
AUR. Yo soy. Venía...
HAR. Sí: la noche está muy fría:
quédate junto al rescoldo.
AUR. Imborg me espera.
HAR. Que espere.
AUR. Y se enoja.
HAR. Que se enoje.
AUR. Yo quisiera...
HAR. Bien: escoge
lo que te plazca.
(Con indiferencia y dejando de mirarla.)

AUR. (Aparte.) (Si él quiere,
¿por qué no?)
(Se acerca lentamente y como temerosa á Haroldo.)
¿Salís al mar? (En voz alta.)
HAR. En breve.
AUR. ¿Quién manda?
HAR. Yo.
AUR. ¿Y Raguenhar?
HAR. ¡Ese!. . No.
AUR. ¡Oye!... (Se detiene: vacila: al fin se decide.)
¿Me quieres llevar?
HAR. ¡Llevarte!
AUR. A mi patria vais:
á sus playas descendeis:
si logro que me lleveis...
á sus playas me arrojais.
Eres bravo y eres fuerte
y es noble tu corazón...
yo Haroldo en esta región
¿qué aguardo?... Sólo la muerte.
HAR. ¡Pobre niña!... ¿Y qué dirá
tu dueño?
AUR. ¿No es mercader?
¿No eres rico? ¿He de valer
lo que tienes? Pues se da
lo que Imborg pida por mí
y soy tuya.
HAR. Es una idea.
(Con bondad y casi con alegría.)
AUR. ¡Sí por Dios, Haroldo!
HAR. (Con resolución.) Sea.
AUR. ¿Después á mi patria?
HAR. Sí.
AUR. ¡Gracias, Haroldo!
(Acercándose á él y cogiéndole las manos.)
HAR. No más.
AUR. Y no temas: todo el oro
que des por mí... tu tesoro
entero, recobrarás
tan espléndido y crecido
y á tal punto acrecentado,
como jamás has pensado,
ni aun en sueños has fingido!

HAR. ¡Qué estás diciendo, mujer?...
AUR. Que mis deudos... mi tutor...
HAR. ¿Tú piensas que como Imborg,
es Haroldo mercader?
No ejerce Haroldo tal arte,
ni á tal ruindad se convierte.
Al comprarte, no venderte
pensé: sino regalarte.
(Levantándose con ímpetu, cogiéndola por el brazo y trayéndola al centro.)
¿Es que piensan de ese modo
allá en tu tierra natal,
y á puñados de metal
se compra y se vende todo?
¿Es que tu faz que retrata
belleza cual no se vió,
pudiera tomarla yo
como un objeto de trata?
¿Es que tu frente divina
y tus azulados ojos,
y tus labios siempre rojos,
y tu virtud peregrina,
cualquier infame pirata
equilibra, si lo intenta
en balanza de reventa
con unas pesas de plata?
Eso es bueno para aquí:
para estas tierras voraces,
para normandos rapaces...
¡y tampoco para mí!
Bajo este negro capuz
la sombra vive en su esfera;
pero existir no debiera
en la tierra de la luz.
(Se separa de Aurelia y se arroja en el lecho.)
AUR. ¡Haroldo!
HAR. No es tu juguete.
AUR. ¡No te enojes!
HAR. No me enojo:
estoy tranquilo. Te arrojo
y no más: conque ahora vete.
AUR. ¡Piedad!
HAR. ¿Por qué he de tenerla?

¿Tu vida á mí que me importa?
¿Qué delirios me reporta
tu belleza? ¡Ni venderla
pues si de ella me aburro!
¡Ni eres mía, ni lo has sido...!
(Pausa. Aurelia solloza. Haroldo la contempla con mezcla de lástima y curiosidad)
Pues mercader me has querido
(Con más dulzura.)
como mercader discurro.

AUR. ¡No sigas...! ¡Me matarás...!
¡No me sabes comprender!... (Llorando.)

HAR. (Levantándose, acercándose poco á poco á Aurelia y hablando con dulzura y tristeza.)
Yo te compraba, mujer,
por lástima y nada más.
Por lástima... á mi ponton:
por lástima... á tu Galicia:
¡y tú juzgaste codicia
lo que era en mí compasión!

AUR. Eso no: sé adivinar:
¡y en tu bárbara fiereza,
hay Haroldo más grandeza,
que hay grandeza en ese mar!
Por adquirir un imperio:
por ceñirte una corona:
por dar nombre á ignota zona:
por ser dueño del misterio
que los mundos engendró:
por algo muy grande...

HAR. (Con ansia.) Dí.

AUR. Dieras mi vida: eso sí.
Por oro y por plata, no.

HAR. ¿Eso piensas?

AUR. ¿Me equivoco?
(Acercándose á él con afán.)

HAR. ¿Pretendes que yo decida?

AUR. Por un imperio...

HAR. ¿Tu vida?
¿Quién sabe? quizá tampoco.

AUR. ¡Haroldo! (Con expresión de suprema dicha.)

HAR. Más cerca: ven.
¡Eres hermosa en verdad!

del fuego á la claridad,
resplandores de un eden,
miro, mujer, en tus ojos
pasar del llanto al torrente,
como el sol en Occidente
finge tristezas y enojos,
tiende su madeja rubia,
y con postreros desmayos,
manda sus trémulos rayos
por entre gotas de lluvia!

AUR. ¡Haroldo!

HAR. Jamás sentí
viendo llorar á otro ser,
lo que ahora siento, mujer,
al verte llorar á tí.

AUR. ¿Pero es verdad?

HAR. Yo no miento.

AUR. (Con alegría.)
¿Mi pena te causa pena?

HAR. ¡Eso no: que siento llena
toda el alma de contento!
¿Por qué me miras así
entre suspiro y suspiro?

AUR. Yo sólo sé que te miro
como me miras á mí.

HAR. (Contemplándola con pasión.)
De tu blanca faz divina
huye el llanto que atesora,
como el agua se evapora
en el cuerpo de la ondina.
¡Muy hermosa, Aurelia, estás!
mucho, sí; pero no tanto
como antes, con aquel llanto:
tu llanto me gusta más.

AUR. ¡Haroldo, crueldad es eso
de gozarte en mi dolor!

HAR. ¡Yo sólo sé que en amor
todo llanto pide un beso:
y quiero causarte agravios,
y quiero hacerte llorar,
y después. . después secar
tus lágrimas con mis labios!
(Estrechándola entre sus brazos.)

ESCENA VII

HAROLDO, AURELIA, RAGUENHAR y ERICO

RAG, (Deteniéndose en la puerta.)
¡Bravo mozo!
HAR. (Separándose de Aurelia.)
¡Raguenhar!
RAG. ¡Buenas mañas! ¡lindas artes!
Vencedor en todas partes:
junto al fuego y sobre el mar.
HAR. Paciencia si soy así:
cada cual tiene su estrella:
y eso que dices por ella,
pronto lo dirán por tí.
RAG. Veremos.
HAR. Por visto.
RAG. (A Aurelia.) Vete,
que tu amo te está esperando.
(Aurelia se dirige al fondo.)
Y después... más tarde... cuando
yo te compre... te promete
Raguenhar, que has de vivir
más sujeta en su poder.
(Aurelia se detiene un momento y se vuelve hacia Haroldo.)
HAR. No te asuste el prometer
de quien pronto ha de morir.
(Sale Aurelia.)

ESCENA VIII

HAROLDO, RAGUENHAR y ERICO

RAG. Vengo á brindarte la paz.
HAR. ¿La paz? No la necesito.
Quiero el mando y te lo quito
cuerpo á cuerpo y faz á faz.
Tú en cambio me temes.
RAG. No.

Hombre en mujer engendrado
nunca pavor me ha causado.
Ni á hierro que hombre forjó
el pecho jamás escondo.
No temo ni al sol, ni al hielo;
ni al rayo con ser del cielo,
ni á ese mar con ser tan hondo.

HAR. Pues habla por vida mía
y explica tu palidez,
y sepamos de una vez
qué temes.

RAG. (Con acento supersticioso.)
La hechicería.
(Movimiento de Haroldo.)
¿Pues cierto signo trazado
de cierto modo en la frente,
no hace al cobarde valiente
y al valiente más osado?
¿Ciertas líneas misteriosas
cruzando rojas el pecho,
no dan al hombre derecho
al amor de las hermosas?
Pon tal letra en tal espada,
y ella sola da la muerte
al más bravo y al más fuerte,
si la letra está encantada.

HAR. ¿Y bien?

RAG. Y bien, que en rigor,
yo temo que de este modo,
puedas conseguirlo todo:
hasta vencer mi valor.

HAR. (Volviéndose á Erico que está constantemente a su lado.)
Por los conjuros de Odin,
que no comprendo su jerga.
¿Qué pensamientos alberga
en ese cerebro ruin?
¿Dice que soy hechicero?

ERICO Dice que sabe tu historia.

HAR. Mi historia es harto notoria:
escrita está por entero
en esta costa salvaje,
en sus mares tormentosos,

y en las pieles de los osos
que de los hielos me traje.

ERICO Y cual signos soberanos,
(Acercándose á él y con misterio.)
en que tu origen revelas,
con rojas letras gemelas
en las palmas de tus manos.
(Dice esto señalando á Raguenhar y como refiriéndose á él. Haroldo les mira con extrañeza y contempla con curiosidad ambas palmas.)

HAR. ¿Y quién las hizo?

RAG. Las hizo...
tu madre. (Pausa.)

ERICO (A Haroldo.) ¿Qué piensas? Dí...
¿Tú lo crees?

HAR. En esto, sí;
pero no lo del hechizo.
¡Mi valor, por condición
de su dueño, que está en él,
no va disperso en la piel, (Mostrando las manos.)
se junta en el corazón! (Golpeándose el pecho.)
¿A mis padres conociste?
(Volviéndose con ansia á Raguenhar.)

RAG. Mucho.

HAR. ¿Y eran?...

RAG. ¡Sangre real!
(Con misterio y énfasis. Haroldo se vuelve á Erico.)

ERICO ¿Tendrá un reino? (Señalando á Haroldo.)

RAG. Un reino.

HAR. ¿Cuál?
(Sin poder dominarse. También Erico manifiesta gran interés.)

RAG. El más hermoso que viste.
Diez islas como diez mundos:
grandes bosques: bravas gentes:
diez y ocho mil combatientes:
puertos anchos y profundos.

HAR. ¡Tu secreto!
(Acercándose á él con ímpetu.)

RAG. Con su cuenta. (Con ironía.)

HAR. ¡Pronto y claro!

RAG. ¡Eres voraz!
(Movimiento de Haroldo que contiene á Erico.)
Dije que vengo de paz.

HAR. Dí mejor: «vengo de venta.»
RAG. Como quieras.
HAR. Pues el precio.
RAG. (Acercándose á él con intención y energía.)
Ese mando que pretendes.
HAR. (Separándose con recelo y en tono de gran desconfianza.)
¿Tú lo compras?
RAG. Si lo vendes.
HAR. Eres loco. (Separándose.)
RAG. Tú eres necio.
ERICO Al fin un mando...
RAG. Precario.
ERICO Por un poder...
RAG. Que es constante.
(Haroldo ha estado aparte meditando.)
HAR. ¿Y las pruebas?
RAG. Al instante.
HAR. ¿Y palabra?
RAG. ¡De corsario!
ERICO ¿Cedes? (Con extrañeza á Haroldo.)
HAR. Dudo. (Con la cabeza inclinada.)
ERICO De mil modos,
«¡miedo!» dirán de consuno.
HAR. (Levantando la cabeza con energía como si esta amenaza le decidiese.)
Y en vez de luchar con uno
así lucharé con todos.
Comunica á los ancianos (A Erico.)
que desisto de mi empeño.
ERICO ¡Lo pones todo en un sueño!
HAR. Y el despertar en mis manos. (Con fiereza.)
RAG. Vuelve con Ausguerda aquí. (A Erico.)
HAR. ¿Ella la prueba traerá?
RAG. La mejor.
HAR. Empieza ya. (A Raguenhar.)
ERICO ¡Haroldo!
HAR. ¡Déjame á mí!
(Le señala con imperio la puerta. Sale Erico.)

ESCENA IX

HAROLDO, RAGUENHAR

HAR. ¿Mi padre? ¿Su nombre? (Con violencia.)
RAG. Einar.
HAR. ¿El gran Rey? ¿el gran guerrero?
¡siempre el primero!...
RAG. El primero
en la tierra y en el mar.
HAR. ¿El que á uno y otro gigante
en lucha horrible venció?
RAG. Einar, el que conquistó
las diez islas de Levante.
HAR. El que provocó al abismo,
y nada quiso del cielo,
y puso mano en el velo
de la eternidad?
RAG. El mismo.
HAR. ¿El que en su barca de guerra
pasó un negro promontorio,
que es sabido y es notorio,
que marca el fin de la tierra?
RAG. Pues ese.
HAR. Tienes razón.
¡Einar!... ¡mi padre!... ¡le siento
encender mi pensamiento
y agitar mi corazón!
¡A mí su espíritu pase:
venga á mí su noble sér:
que él tan sólo pudo ser
el padre que me engendrase!
¿Dónde está? ¿subió al espacio?
¿arrancó su cetro á Odín?
RAG. Murió.
HAR. ¿Dónde?
RAG. En el festín
de un espléndido palacio:
bajo hierros asesinos,
y en la postrera congoja
mezclando su sangre roja
á la espuma de los vinos.

HAR. ¡Vencerle!... ¿cómo? (Con asombro y dolor.)
RAG. Al tender
su mano á manos amigas,
y á traición.
HAR. Sí: no lo digas:
¡solo á traición pudo ser!
El sitio: pronto.
RAG. Galicia
y un castillo solitario.
HAR. ¿Su dueño?
RAG. El conde Lotario.
HAR. Pues venganza por justicia.
¡Hijo seré de mi padre! (Con acento terrible.)
¿Vive? (Cogiendo á Raguenhar por un brazo.)
RAG. ¿Quién?
HAR. El matador.
RAG. Vive.
HAR. ¿Y mató?...
RAG. Por amor.
HAR. ¿De quién?
RAG. ¿De quién? de tu madre.
(Movimiento de Haroldo. Después mira fijamente á Raguenhar. Pausa.)
¡Era hermosa como un cielo!
HAR. ¿Logró venganza?
RAG. No pudo.
HAR. Pues eso sí que lo dudo. (Con tono sombrío.)
RAG. Escapamos de aquel suelo
maldito.
HAR. ¿Y ella?
(Con ansia y con afán reconcentrado.)
RAG. También.
(Pausa. Haroldo respira y se acerca.)
HAR. ¿Después?...
RAG. Nos fuimos al mar.
HAR. ¿Y ella siempre?....
RAG. No hay que hablar.
Siempre con nosotros.
HAR. Bien. (Ya tranquilo.)
RAG. Navegamos muchos meses
á lo largo de la costa:
ancha vida ó vida angosta:
ya victorias, ya reveses.

HAR. ¿Y al fin? (Con impaciencia.)
RAG. La prora tornamos.
HAR. ¿A la Escandinavia?
RAG. Sí.
HAR. ¿Y mi madre?
RAG. Siempre allí.
HAR. ¿Y llegasteis?
RAG. No llegamos.
Se embravecieron los mares:
abismo se hizo la charca:
y crugieron de la barca
los robustos costillares.
HAR. ¿Y al fin?
RAG. Tomó un canalizo,
y un golpe de mar certero
de la quilla al mastelero
la barcaza nos deshizo.
HAR. ¿Y mi madre?
RAG. Se anegó
con todos y no la vi.
HAR. ¿Y yo con ellos?
RAG. A tí
un normando te salvó.
HAR. ¿Sigurd? (Como recordando.)
RAG. Sigurd: como un pez
nadaba: te puso á flote
y llegasteis al islote
donde pasó tu niñez.
También llegué á sus ribazos,
que el temporal más desecho
se vence con este pecho,
esta fuerza y estos brazos.
Tú después....
HAR. No más de mí,
que mi historia ya la sé.
Mi madre... dime que fué
de mi madre. ¿La perdí?
RAG. ¿Por qué causa?
HAR. Cayó al mar...
RAG. ¿Y que importa?
HAR. (Con explosión de alegría.) ¿Luego vive?
¡Si en sus brazos me recibe,
pide, pide, Raguenhar!

RAG. ¿Quieres verla?
HAR. ¿Dónde?
RAG. Allí.
(Señalando á la puerta.)
A la luz de esos reflejos
mira bien y no muy lejos.
Va á llegar.
(En este momento se presenta en el fondo Ausguerda con Erico y Aurelia; los tres se detienen en él un instante.)
HAR. ¡Ausguerda!
RAG. Sí.

ESCENA X

HAROLDO, RAGUENHAR, AUSGUERDA, AURELIA, ERICO

HAR. ¡Madre!... ¡Madre!
AUSG. ¿Quién me llama?
HAR. ¡Mis brazos y mi pasión!
¿Qué te dice el corazón?
AUSG. Nada. (Con dureza y repugnancia.)
HAR. Madre, ¿y esa llama
del sol pálido remedo,
al azotar mi semblante
á quién te pone delante?
AUSG. A un hombre que tiene miedo.
HAR. ¡Tú dices...!
(Sin poder dominar un movimiento de ira.)
AUSG. No: los ancianos.
HAR. De eso hablaremos después.
Ahora... mira... dí, ¿qué ves
en las palmas de mis manos?
AUSG. ¿Qué es esto...? ¡No!... ¡No es verdad!
¿Qué están mirando mis ojos?
¡Esos trazos...! ¡trazos rojos!
HAR. ¡Madre... madre... por piedad!
(Tendiéndole los brazos.)
AUSG. ¡Piedad!... Si esos signos miro,
«¡hijo!» te grita el deseo;
que ver en mis brazos creo
aquel ser por quien suspiro!

Mas si pienso que esta tarde
cediste á un hombre la palma,
me grita á voces el alma:
«¡no es hijo tuyo un cobarde!»
Conque mira que ha de ser
que yo no lo sé decir:
yo sólo sé que morir
nunca temió esta mujer.

HAR. Raguenhar, ya ves su empeño;
fuera el hierro, yo lo exijo.
(Desnudando su espada ó cogiéndola de un trofeo.)
No me quisiste por hijo,
vas á tenerme por dueño. (A Ausguerda.)

RAG. ¿Otra vez pretendes?...

HAR. No.

RAG. ¡Jefe soy!

HAR. Sí, Raguenhar:
serás jefe... allá en el mar;
pero aquí, y ante ella, ¡yo!

AUR. ¡Haroldo!...
(El la separa bruscamente.)
(A Ausguerda.) ¡No ves!... Estorba
esa lucha

ERICO ¡Brava idea!

AUSG. ¡Estorbarla y la desea
(Conteniendo ella y Erico á Aurelia.)
el alma!

AUR. ¡Mirale... torva
(Se preparan para la lucha y se observan de lejos.)
y siniestra la mirada!

ERICO ¡Adelante!

AUSG. Si eres mío
va á decírmelo tu brío.

HAR. Pues mira bien á mi espada.
(Riñen. Ausguerda, Erico y Aurelia forman un grupo: los dos primeros conteniendo á Aurelia.

RAG. ¡Esta!

HAR. ¡Toma!

AUR. ¡Basta!

ERICO ¡Así!

RAG. ¡Por mi sangre!

HAR. ¡Así concluyo!
(Hace saltar la espada de Raguenhar y lo derriba.)

RAG. ¡Mal rayo!

HAR. ¿Y ahora soy tuyo?
(Volviéndose á su madre, que ha seguido con ansiedad esta escena.)

AUSG. ¿Ahora dices...? ¡Ahora sí!
(Le tiende los brazos; Haroldo se precipita en ellos. Ausguerda le contempla con orgullo. Pausa. Entre tanto Raguenhar, vencido, humillado y sin alzarse por completo, les mira con furor reconcentrado.)

HAR. (Volviéndose.)
Raguenhar, jefe supremo,
prepara la expedición.
Las velas al aquilón,
á las calmas, brazo y remo.
Lleva, Erico, estas mujeres
al puente de mi barcaza;
mis venablos y mi maza.

ERICO ¡Yo también! (Con ansia.)

HAR. También, si quieres.
Y á Imborg, el ruin mercader,
todo el oro que te pida
por la libertad, la vida
y el honor de esta mujer.
(Señalando á Aurelia.)
Un misterio en lo *pasado* (A su madre.)
eres tú que me reclama.
Tú, el *porvenir*, que me llama (A Aurelia.)
con acento enamorado.
Y yo voy entre las dos
á lo infinito del mar,
por ver si logro encontrar
amor, patria, gloria y Dios.
Raguenhar, pronto á Galicia;
ven, Aurelia, vamos madre,
que la sombra de mi padre
me está pidiendo justicia.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa el interior de la tienda de campaña de Haroldo, que se supone situada frente al castillo del conde Lotario, en la costa de Galicia. El lienzo levantado del fondo forma la entrada principal, y del otro lado se extiende el horizonte, envuelto en medias tintas. A la derecha otra salida, que se supone ser la que conduce á la tienda de Ausguerda. En un rincón un lecho de hojarasca cubierto con una piel. Junto á la entrada un banco. A la izquierda otro de los bancos de la barcaza; á la derecha, junto al lienzo de la tienda, una gran piedra con superficie horizontal, que sirve de mesa. Armas y objetos de guerra y de mar; pocos y en desorden. Es la hora de ponerse el sol.

ESCENA PRIMERA

AUSGUERDA mirando por el fondo con ansiedad; después vuelve al primer término impaciente y agitada

Ya negra la sombra viene
bajando por la montaña,
y por los aires la noche
llega triste y lenta avanza.
Allá en las lejanas cumbres
que al poniente se levantan,
los picachos encendidos
son antorchas que se apagan,
y en el castillo la lucha
prosigue terca y airada.
Ecos repiten de muerte

de los montes las gargantas;
piedras lanzan sobre piedras
cual monstruos vivos las máquinas;
trepa el normando iracundo
por las flexibles escalas;
y de Lotario las gentes
en lo alto de las murallas;
humanos racimos hunden
del ancho foso en las aguas.
Con el valle todo en sol
salió Erico esta mañana;
no vuelve, y el tiempo apura,
y la impaciencia me abrasa.
(Vuelve otra vez al fondo y mira hacia el exterior; la sombra avanza en tanto, y la tarde concluye.)
Se fué por aquella loma...
pero á tan grande distancia
los objetos se confunden
y ya la vista no alcanza.
¡Ay, si llegasen los ojos
á donde llegan las almas!
¡Ay, si pudiesen los cuerpos
ir al paso de las ansias!
(Pausa; mira de nuevo.)
Pero no me engaño... allí...
tres se acercan... se recatan...
dos esperan... y uno viene ..
¿Es Erico? (Observando con empeño.)
Sí. ¡Qué tarda!
¡Más aprisa!... ¡Al fin!

ERICO (Desde fuera.) ¡Ausguerda!

ESCENA II

AUSGUERDA, ERICO por el fondo

AUSG. Yo soy... Solos. ¡Entra y habla!
¿Llegaste al castillo?
(Trayéndole al primer término.)

ERICO Sí.

AUSG. ¿Diste pronto con la entrada
de la mina?

ERICO Con trabajo;
pero dí con ella.
AUSG. ¡Gracias!
(Cogiéndole las manos con efusión.)
ERICO Es por Haroldo.
(Separándose con cierto recelo y con disgusto.)
AUSG. Lo sé.
ERICO Dijiste que si llegaba
á encontrarse con Lotario
cuerpo á cuerpo y cara á cara,
su propia sangre vería
brotar como catarata,
tanto y más que la de Einar
aquella noche nefasta.
Que el porvenir penetraste
por las artes de tu magia,
de la sibila en los libros,
y en los signos que las parcas
han grabado sobre el fresno
sagrado de la montaña.
Y en fin, pues eres su madre,
le querrás...
AUSG. ¡Con toda el alma!
Conque dime...
ERICO Pues pregunta.
AUSG. ¿Pudiste entrar en la plaza?
ERICO Como topo en madriguera:
á tientas y á cabezadas.
AUSG. ¿Después..?
ERICO Al conde Lotario
me llevaron.
AUSG. Lo esperaba.
ERICO Y le dí tu pergamino.
AUSG. ¿Y le miraste á la cara?
ERICO Es lo primero que observo
cuando la gente me agrada,
por ver la luz de los ojos,
que es donde más brilla el alma.
Y es lo primero también
en que fijo la mirada,
si es enemigo y se acerca
á una regular distancia,
para buscar en la frente
sitio en que clavarle el hacha.

AUSG. ¿Y notaste?
ERICO Que es el hombre
una escultura animada,
y por dentro de una piedra
no es fácil ver lo que pasa.
«Ven,» me dijo. Me llevó
á lo alto de la muralla.
«Guardadle,» gritó á los suyos.
Metióse después, sin rabia,
pero con fuerza invencible
entre dos almenas bajas,
y en testigo convirtióme,
y lo fuí, de sus hazañas.
Después vino á mí: «Ya ves
que si salgo de la plaza,
me dijo, no es porque tema
á esos cobardes piratas:
es porque Ausguerda, ó al menos
en su nombre, alguien me llama.»
AUSG. ¿Y vino contigo?
ERICO Sí.
AUSG. ¿Y espera?
ERICO A poca distancia.
AUSG. Pues vé por él.
ERICO ¿Pero Haroldo?...
AUSG. Estará sobre una escala,
ó animando á los de abajo,
ó agarrado á la muralla;
no vendrá. Pronto.
ERICO Y Aurelia...
AUSG. La mandé muy de mañana
al pie del muro; es preciso
que aprenda esa niña pálida,
que las hembras de mi tierra,
de mi nombre y de mi raza,
cuando peligra la vida
de su amante no le aguardan
desde lejos y en seguro,
que se van á donde matan,
por si hay que atajar su sangre,
ó si hay que blandir su maza.
Tampoco vendrá: no temas.
ERICO Pues voy por él. (Saliendo por el foro)

AUSG. Mucho tardas.
¡Normandos que el mar arroja
(Mirando á la izquierda desde el fondo.)
con sus olas encrespadas,
bien parecéis en la noche
ejército de fantasmas!
Conde Lotario, un misterio
(Volviéndose á la derecha.)
duerme en tu torre almenada,
y es bien que sombras asalten,
misterios que sombras guardan.
Ellos son... se acercan... sí...
Corazón, quien soy repara,
y no palpites tan fuerte,
que me importa tener calma.

ESCENA III

AUSGUERDA, ERICO, LOTARIO; ambos por el fondo: el conde en traje de guerrero cristiano y envuelto en un manto. La escena á obscuras

LOT. ¿Llegamos?
ERICO Llegamos. Mira,
esa es Ausguerda. (Señalando hacia la derecha.)
LOT. ¿Qué tarda
en hablar?
AUSG. Conde Lotario...
LOT. Esa voz es ruda y áspera.
La de Ausguerda era muy dulce:
la brisa de la mañana,
en Abril y entre las flores,
sus acentos envidiaba.
AUSG. Ha tiempo que Abril pasó,
y en lo alto de la montaña,
donde rayos de sol antes,
hoy se ven hilos de plata.
LOT. Yo no sé si eres Ausguerda.
(Con desconfianza.)
AUSG. ¿No lo sabes? pues aguarda:
traeré luz que á mi semblante,
le preste la que le falta. (Sale por la derecha.)

LOT. Normando, si me mentiste,
vive Cristo, que lo pagas.
Muchos ahorqué de los tuyos,
pero aun no aplaqué las ganas,
y cuando pienso que hay más,
las fauces se me hacen agua.

ERICO Veremos de tus almenas,
qué cuerpos cuelgan mañana.
(Entra Ausguerda con una luz que deja sobre la piedra.)

AUSG. Vete, Erico. Si viniesen
nos avisas.

ERICO Bien, descansa.

ESCENA IV

LOTARIO, AUSGUERDA

AUSG. Y ahora ¿soy Ausguerda?

LOT. (Mirándola fijamente) Sí:
si la memoria no miente;
pero otra muy diferente
de aquélla que conocí.
Ella el sol y tú la sombra:
esto sois en puridad:
aunque á decirte verdad,
la mudanza no me asombra;
que belleza y ocasión
duran sólo en la mujer
el tiempo que han menester
Satán y la tentación.
Pero en fin, por ser quien eres,
si es cierto que eres aquélla,
y si eres otra, por ella,
dime pronto lo que quieres.

AUSG. Que huyas.

LOT. ¡Que huya!
(Pausa. Lotario la mira con asombro.)

AUSG. ¿Te decides?

LOT. ¡Yo, Lotario, que haga tal!
O yo te comprendo mal
ó no sabes lo que pides.

Del sol al naciente brillo
renovarán el asalto,
y el normando, si yo falto,
penetrará en el castillo.

AUSG. No lo impides con estar.

LOT. Posible es: no tengo gente.

AUSG. Y morirás.

LOT. Justamente, (*Con acento frío.*)
razón para no faltar.

AUSG. ¿Qué, te alegras?

LOT. No me aflijo:
menos mal si muero bien.

AUSG. ¿Sabes á manos de quién?
De Haroldo.

LOT. ¿Quién es?

AUSG. Mi hijo.

LOT. Completa será mi suerte,
que así tendré recibida,
de la madre hermosa vida,
y del hijo brava muerte.

AUSG. Pues mira lo que no quiero,

LOT. ¿Qué remedio si él me mata?

AUSG. La fuga.

LOT. Para un pirata,
mas no para un caballero.

AUSG. Esta mujer, en rigor, (*Golpeándose el pecho.*)
tiene imperio sobre tí.

LOT. Hasta cierto punto, sí,
como no llegue al honor.

AUSG. ¿Te detuvo acaso el mío,
ya que no tu propia fama?

LOT. Mal detiene lo que llama;
y excusan mi desvarío
mi juventud, tu hermosura,
mi poder y hasta tu raza,
contra la cual toda traza
es lícita, si es segura.
Para idólatras no hay ley,
ni para normandos fuero,
que con su exterminio infiero
que Dios gana y gana el Rey
Del fondo del mar Einar
vino con una tormenta:

¿quién pudo pedirnos cuenta
del monstruo? ¿el mar? pues al mar
lo arrojamos.

AUSG. Pero dí,
(Acercándose á Lotario y con voz reconcentrada.)
á ese monstruo tan cruel,
¿le diste muerte por él,
conde Lotario, ó por mí?

LOT. Si por el seno del monte,
se lleva pintada fiera
una cándida cordera,
¿es pecado que yo afronte
la alimaña, y entre lazos
la coja, y después la mate,
y su presa le arrebate,
y aprisionada en mis brazos
la blancura virginal
de aquel sér dulce y sencillo,
me lo traiga á mi castillo,
á mi castillo condal?

AUSG. ¿Y no es pecado que pase
como despojo de caza
un ser, que aunque de otra raza,
es al fin de humana clase,
desde su albergue sencillo,
ó salvaje, si tú quieres,
á los infames placeres
de tu gótico castillo,
y allí sufra con horror,
en un giro de la esfera,
tras caricias de la fiera,
caricias del cazador?

LOT. Tienes razón, eso sí;
fue pecado, ya lo sé;
pero de él me confesé,
la absolución recibí,
y de mi culpa la historia,
cumplida la penitencia,
ni me pesa en la conciencia
ni me queda en la memoria.
Adiós, Ausguerda, te dejo;
y pues salvarme has querido,
aunque no lo has conseguido,

voy á darte un buen consejo.
Procura que doble malla
el mozo mañana vista,
porque cuando nos embista,
estaré yo en la muralla.

AUSG. No estarás, Lotario. (Con energía.)

LOT. ¿No?
¿quién me lo puede impedir?

AUSG. ¡Yo!

LOT. ¿Cómo?

AUSG. Lo vas á oir.

(Acercándose á él con resolución. Lotario la mira con extrañeza y se prepara á oirla con marcado interés.)

ESCENA V

AUSGUERDA, LOTARIO, ERICO apresuradamente por el foro

ERICO El asalto terminó
y Haroldo vuelve.
(Dice esto rápidamente y acude al fondo)

AUSG. (A Lotario.) Pues ven.

LOT. ¿Dónde?

AUSG. A mi tienda; y sabrás
por qué razón no estarás,
á pesar de tu desdén,
en esa torre sombría,
cuando el normando mañana
entre por su barbacana
con los albores del día.

LOT. Ya me enoja el no entenderlo.

AUSG. Y á mí me enoja el decirlo.

ERICO Pues si Haroldo no ha de oirlo
salid. (Mirando siempre por el fondo hacia afuera.)

AUSG. Vamos.

LOT. A saberlo.

(Salen Ausguerda y Lotario por la derecha.)

ERICO Aquí viene: cosa rara;
obro bien, por causa justa,
y sin embargo me asusta
mirar de frente su cara.
(Se retira hacia la derecha.)

ESCENA VI

HAROLDO, AURELIA, jefes normandos, ERICO. Aurelia viene á colocarse al lado de Erico: Haroldo queda entre los capitanes normandos

HAR. Al primer rayo del día
hemos de estar en la brecha:
¡el alquitrán... y la mecha...
y mucha cordelería!
No hay que escatimar la pez
ni las flechas inflamadas:
después vendrán las espadas,
y asalto y fuego á la vez.
Dentro, partís por igual
vosotros y los soldados,
desde los vasos sagrados
á la corona condal.
Del botín, bien lo sabéis,
ya mi parte está elegida:
¡sólo el conde! y de su vida
con la vida respondéis.
Pero eso sí, quien quisiese
arrebatarme la presa,
y por engaño ó sorpresa,
ó del modo que pudiese
al cabo me la quitase,
aunque en el centro del mundo,
aunque bajo el mar profundo
de mi vista se ocultase,
al cabo yo lo encontrara,
y si cien vidas tuviera,
y mi propio hermano fuera,
las cien vidas le arrancara.
Hombre, niño, ni mujer,
que no se pongan delante:
¡ni Aurelia fuera bastante
á poderle defender!
Idos: la noche es traidora:
dormid poco: vigilad:
y despertad, despertad,

antes que llegue la aurora.
(Los capitanes se despiden de él cambiando por lo bajo algunas palabras y salen.)

AUR. (¡Cómo le brillan los ojos!) (A Erico aparte.)
ERICO (¡Cómo le tiemblan los labios!)
(A Aurelia lo mismo.)
HAR. (Ya mañana mis agravios (Aparte.)
se hartarán en sus despojos.
¡Si pudiese Raguenhar
no venir hasta que acabe!
¡Sigan su gente y su nave
dando tumbos en el mar!)
ERICO (¡Por una traición la vida!)
(A Aurelia en voz baja.)
AUR. (Pues el que traición le hiciera
(Aparte á Erico.)
bien perdida la tuviera,
que era pena merecida.)
(Erico se dirige al fondo y cruza por él varias veces.)
HAR. ¿Por qué te alejas de mí? (A Aurelia.)
¿Te amedrenta mi furor?
En venganzas, y en amor,
y en todo, yo soy así.
Si tú me quieres, mujer,
ha de ser de esta manera:
amar con el alma entera,
y odiar con todo tu sér.
¡Nunca limito mi anhelo,
ni estrecho mi corazón,
que no quiere mi ambición
gozar á medias ni el cielo!
¿Vas á medias? ya no vas.
¿Das con tasa? dar mezquino.
Lo divino, si es divino,
es que es todo, y ya no es más.
Y quiero todo alcanzarlo:
ó si no todo perderlo.
El bien, Aurelia, ó no verlo
ó eternamente gozarlo.
Lo más grande ó lo más ruin,
no lo mezquino y vulgar:
ó no llegar, ó llegar
á lo que no tiene fin.

Si es mío tu corazón,
no me robes ni un latido:
si uno falta, ya he perdido
para siempre la ilusión.

AUR. ¿Y tú me quieres así?
HAR. No sé querer de otro modo.
AUR. ¿Por mí todo?
HAR. ¡Aurelia, todo!
AUR. Una prueba, Haroldo.
HAR. Dí.
AUR. Son tus dioses monstruos fieros:
¡Thor, Odín, sierpos, gigantes!
HAR. ¡Son potentes!
AUR. Lo eran antes:
hoy lo son los verdaderos.
HAR. ¿Otros dioses de más brío, (Con curiosidad.)
de más pujanza y fiereza?
AUR. Uno de inmensa grandeza:
uno solo.
HAR. ¿Cuál?
AUR. El mío.
Deja tus dioses por mí
(Con tono dulce é insinuante.)
y adora al que adoro yo.
HAR. ¿Y si se enojan? (Con voz sorda.)
AUR. ¡Quién vió
flaqueza y temor en tí!
HAR. Eso no: los de mi raza
con los mismos dioses riñen,
y en sangre divina tiñen
el bronce de su coraza.
AUR. ¿Costumbre entonces?...
HAR. Tampoco.
AUR. ¿Veneración?
HAR. La perdí.
AUR. ¿Cariño?
HAR. Nunca los ví.
AUR. Pues delirio.
HAR. No estoy loco.
AUR. ¡Será que en tu pecho existe
algo á que Aurelia no llega,
algo que tu alma me niega!
¡Que aquello que me dijiste

del odiar y del querer
por entero!...

HAR. ¡Por entero!

AUR. Luego tus dioses...
(Con esperanza y acento insinuante.)

HAR. (Después de dudar un momento y mirando con pasión á Aurelia.)
Prefiero
el tuyo: sólo con ser
uno solo ya me agrada,
porque sin duda pensó
lo mismo que pienso yo:
¡ó ser todo ó no ser nada!

AUR. ¡Es Dios de perdón y paz!

HAR. ¡Si es tuyo, no es maravilla!

AUR. ¡El ensalza á quien se humilla!

HAR. ¡De eso también soy capaz!

AUR. Luego en venciendo al cruel
asesino de tu padre...

HAR. (Separándose de ella con recelo y enojo.)
¡Eso no! ¡Ni por mi madre,
ni por tu amor, ni por El! (Señalando al cielo.)
¿Es que esperas conseguir
que yo llegue á perdonar?
Si lo pudiste pensar,
no lo acabes de decir.

AUR. ¡Haroldo!...

HAR. Deja que arguya
y á ver en quién hay desvío.
¿No hice de tu Dios el mío?
¡Pues haz mi venganza tuya!
Todo igual para los dos:
odio, amor, descanso, guerra:
la misma fosa en la tierra,
en el cielo el mismo Dios.
Y entre tanto en mi compaña:
contra mi pecho tu frente,
de mi barca sobre el puente
ó en mi tienda de campaña.
¿Eres así? pues conmigo:
mi esposa, mi compañera;
¿no eres así? quien prefiera
mi enemigo, es mi enemigo.

AUR. ¿Dudas?
HAR. Siempre dudaré
de cerradura sin llave,
de dardo que no se clave,
de hoguera que no se ve
y de humano corazón
que no recoja en su hueco
y no repita cual eco
los gritos de mi pasión.
(Durante esta escena Erico ha paseado por fuera de la tienda como vigilante; al fin entra y se arroja sobre el banco.)
Pregunta al que en ese banco
descansa de la jornada,
lo que entre gente de espada
supone un cariño franco,
y él te dirá de corrida
que es partir el pan y el lecho
y dar por escudo el pecho
cuando peligra la vida.
Despierta, aunque no te cuadre,
y contesta: ¿es cierto?
ERICO Sí.
Que aquella que viene allí
no hiciera más.
HAR. ¿Quién?
ERICO Tu madre.

ESCENA VII

HAROLDO, AURELIA, AUSGUERDA, ERICO

AUSG. Felices nuevas, Haroldo.
Felices nuevas, Aurelia.
HAR. ¿Muy felices?
AUSG. ¡Muy felices!
HAR. Pues no digas más: espera. (Con ansia.)
Sé cuáles son. ¡Ha querido
salir de la fortaleza
el conde, camino abriendo
de traición en las tinieblas,

y le han cazado mis gentes,
y mi madre me lo entrega!

AUSG. Muy de prisa va el deseo.

HAR. Con tal que llegue...

AUSG. No llega.

HAR. ¿Luego no es lo que creí?

AUSG. No en verdad.

HAR. (Con desaliento.) Pues dí la nueva.

AUSG. Se trata del mensajero.

AUR. ¿Egil? (Con ansia que no puede contener.)

AUSG. Que ha dado la vuelta.
Halló á tus deudos: te buscan (A Aurelia.)
y le siguen muy de cerca.

HAR. Dijiste que eran felices... (Con tono uraño.)

AUSG. Yo pensaba...

HAR. (A Aurelia.) ¿Y tú, qué piensas?
Mira de frente: tus ojos
en mis ojos: no me temas:
y sobre todo no finjas:
la verdad cual ella sea.
Si alegría siente el alma,
suba á tu rostro resuelta
y pinte con arreboles
aurora del sol que llega;
mas si por dicha esas dichas
se parecen á tristezas,
abre al llanto los cristales,
que desde la vez primera
que te ví, fueron tus lágrimas
diha para mí suprema.

AUR. ¡Haroldo!...

HAR. ¿Vas á dejarme
por tus deudos?

AUR. ¿No recuerdas
lo que ha poco me dijiste?
Mi esposa, mi compañera:
el mismo Dios en el cielo,
la misma fosa en la tierra.

HAR. Que entre Egil: ya poco importa
(Con alegría.)
¿Qué aguarda?

EGIL Sólo tu venia.

ESCENA VIII

HAROLDO, AURELIA, AUSGUERDA, EGIL, ERICO

HAR. ¿Ningún lance en el camino?
EGIL Nada que valga la pena
de contarse. Muchos montes
y poquísimas veredas:
bosques espesos y obscuros,
hasta el pecho la maleza,
osos de pardo pelambre,
más chicos que en nuestra tierra:
arroyos á cada paso,
nubes aunque no muy negras,
y por entre sus girones,
de cuando en cuando en la esfera,
algún pedazo de azul
de divina transparencia,
del aire flotante lago
que invita á quien lo contempla
á bañarse en sus cristales,
y á beber en su onda fresca.
HAR. ¿Y al fin llegaste al castillo?
EGIL Gracias á mi diligencia.
HAR. ¿Te acogieron?..
EGIL Grandemente.
HAR. ¿Todos?
EGIL Todos. Tales nuevas
llevaba yo.
AUR. (Sin poder dominarse.)
¿Pero, quién
dió entre todos mayor muestra
de alegría?
EGIL Un viejo cano
de estatura gigantesca,
y con más fuego en los ojos
que si veinte años tuviera.
AUR. ¿Se llamaba? (Con interés.)
EGIL Don Ramiro.
AUR. ¿Y qué dijo?
EGIL Por mi Aurelia
que me pida ese pagano...

el pagano por la cuenta
eras tú...

HAR. Ya lo supongo.

EGIL Que me pida cuanto quiera:
oro, hierro, mis caballos,
mi armadura milanesa,
y si no basta, mi sangre,
que alguna sangre me resta,
y por rescatar la joven
bien puede darse la vieja.

AUR. ¡Pobre anciano! de mi madre
el hermano mayor era,
y al quedar huérfana quiso
darme su noble tutela.
(Dice esto á Haroldo, que permanece uraño y separado de los demás, sintiendo celos del cariño que muestra Aurelia á los suyos, y mostrándolos en su actitud.)
¿Lloraba? (Volviéndose á Egil.)

EGIL Yo no lo sé;
pero la blanca melena
se apartó dos ó tres veces
de la sien con mano lenta.
y al descuido ví los dedos
meterse bajo las cejas.

AUR. Sí: lloraba. (Pasando junto á Egil.)

HAR. Es natural:
¿pues qué quieres tú que hiciera?
A toda edad llora el hombre;
sólo que mientras conserva
su vigor, llora hacia dentro,
hasta el día en que las fuerzas
le faltan para apretar
sobre la lágrima terca
el enrojecido párpado,
y entonces el llanto rueda
por la pálida mejilla
abriendo surco á las penas.
(Mientras Haroldo dice esto, Aurelia habla en voz baja con Egil.)

AUR. ¿Y también Mendo?

EGIL También.

AUR. ¿Y Brígida?

HAR. (Aparte.) (¡No: no cesa
de preguntar!)
AUR. Pues allá,
sobre ese arcón de madera,
sentados los dos... mi padre,
cuando se marchó á la guerra...
me dió su postrer abrazo...
diciendo: «Adiós, rapazuela!»
(Se cubre el rostro con las manos.)
EGIL Á darte consuelos vine,
y se van trocando en penas.
AUSG. Es natural, son recuerdos
de la infancia: llora, Aurelia.
HAR. Si para eso han de servir
tus historias ó leyendas:
cada pregunta, un sollozo;
un llanto, cada respuesta;
mejor fuera que acabases
y aún mejor que no vinieras.
AUR. Como siempre me dijiste,
que mis lágrimas te alegran...
HAR. Cuando las viertes por mí;
¡pero aquellas no son estas! (Pausa.)
No importa, á todo daremos
satisfacción si te empeñas.
Mi palabra es mi palabra,
y al fin tu tierra es tu tierra.
¿Esas gentes? (Volviéndose á Egil.)
EGIL A mi alcance.
HAR. ¿Son muchos?
EGIL Unos cuarenta.
Para prevenirte quise
tomarles la delantera;
mas con las luces del alba
verás trasponer la sierra
y bajar al campamento
la cabalgata completa.
AUSG. Será prudente salirles
(Aprovechando la ocasión y con sumo interés.)
al encuentro por si llegan
en ocasión del asalto,
y acometen desde fuera.
Con Egil y algunos más

pudiera partir Aurelia...
Ven, Erico...

ERICO (Que, como siempre, ha paseado ante la tienda como vigilante ó ha estado tendido en el banco, se aproxima.)
¿Qué me quieres?

AUSG. Que la acompañes... Se acercan
los suyos... Ya lo has oído.
Y el conde de esta manera (En voz baja.)
va con vosotros, fingiendo
que con vosotros la lleva.
Ven conmigo. (A Aurelia.)

HAR. Déjala.

AUSG. Haroldo...

HAR. Que ella resuelva.
Harto la llaman los suyos
sin que tú en su ayuda vengas.

AUR. ¿Otra vez dudas de mí?
¡Injusto, Haroldo, te muestras!
¡Es mi patria! ¡Son los míos! (Con dulzura.)
¡Qué te extrañan mis tristezas!
¡Pero entre ellos y tu amor
mira cuán gran diferencia:
al perderlos á ellos, lloro;
si te perdiese, muriera;
por mi patria, algunas lágrimas;
por tí, la vida completa:
si aun codicias este llanto,
permíteme que lo vierta
sobre tu pecho, y así
ni áun este llanto les queda!
(Se abraza á él llorando.)

HAR. ¡Ven á mí!...
(A Ausguerda.) Madre, bien claro
su voluntad manifiesta.

AUSG. (A Haroldo con enojo.)
Porque te teme.

AUR. ¡Eso no!
(Separándose de Haroldo.)

AUSG. Si presente no estuvieras,
de otro modo pensaría.

HAR. No, madre.

AUSG. Pues haz la prueba.

Dejala venir.. sin tí.
(Cogiendo á Aurelia por una mano.)
sola... conmigo... á mi tienda
de campaña.

HAR. (A Aurelia.) ¿Pero tú?...
AUR. Haroldo, ¿qué importa? acepta.
(Con tono de confianza.)
HAR. ¡Mírame bien!
AUR. ¿Temes?..
HAR. No.
AUSG. ¿Me dejas llevarla?
(A Haroldo, cogiendo á Aurelia.)
HAR. Sea.
Resuelve lejos de mí
quién te llama con más fuerza:
si el cariño de los tuyos,
tu raza, tu noble herencia,
ó Haroldo el aventurero,
cuya fortuna es la guerra,
cuyo dominio es el mar,
cuyo trono es la ola crespa,
y cuya tumba serán
los escombros de una brecha.
Si lo segundo, á mis brazos:
si lo primero, no vuelvas.
Mi madre te dará escolta;
contigo este anillo lleva,
que es llevar mi voluntad,
mi voz de mando: quien vea,
soldado, jefe, ó piloto,
en tu poder esta prenda,
te dará paso y ayuda,
como si yo mismo fuera.
Si huyes de mí, no lo guardes;
y cuando cruces la sierra,
de algún torrente espumoso
arrójalo en las arenas.
Si vienes á mí por siempre,
tampoco me lo devuelvas,
que ese es tu nupcial anillo
y bien vale una diadema.
Ahora vete. (Con dulzura.)
¿Volverás? (Atrayéndola otra vez.)

AUR. ¿Cómo no? ¡Si aquí se queda
toda el alma y sólo el cuerpo
cumpliendo tu orden se aleja!
AUSG. Vamos pronto.
HAR. Pronto vuelve,
si has de volver.
AUSG. (Llevándosela.) Ven, Aurelia.
HAR. Eres libre.
AUR. No lo soy.
AUSG. (Aparte.)
(¡Lo es el conde!)
ERICO (Idem.) (Si él supiera.)
(Salen por la derecha Aurelia y Ausguerda.)

ESCENA IX

HAROLDO, ERICO, EGIL. Cuando el diálogo lo indica, Haroldo se sienta en el banco de la izquierda; cerca de él Erico y Egil

HAR. (A Erico.)
¿No ves el cielo qué oscuro?
¿No ves el mar qué violento?
¿No llega hasta tí el acento
de alguno que al pie del muro
al trepar vino á caer,
en la postrer escalada,
y que en nuestra retirada
no lo pudimos traer?
¿No adviertes qué luchas fieras
en los montes y en los mares,
en las torres seculares
y en las celestes esferas?
Pues nada de eso me asombra:
todo me parece poco:
ni es maravilla tampoco
guerra tanta y tanta sombra.
¡Qué mucho que falte allí
calma y paz, luz y alegría,
si cuantas dichas había
las recogí para mí!
¿Qué tienes? ¿no me contestas?
¿No eres ya mi amigo?

ERICO ¿Yo?...
HAR. ¿Quién, Erico, así te vió?
¿A tu Haroldo no le prestas
tu alegría, por ser tuya,
cuando para celebrar
los bienes que va á lograr,
no le basta con la suya?
ERICO Si piensas que no festejo
bastante tus dichas hoy,
yo te juro por quien soy,
que es por un resabio añejo,
de no fiar en el destino,
y no porque no me exalten;
que ojalá que no te falten
á la mitad del camino.
Pero también te prometo,
que si te amaga un nublado,
ninguno estará á tu lado,
antes que yo en el aprieto.
HAR. Ya lo sé: siéntate Erico:
el de siempre: uno entre mil.
Tú también: más cerca Egil:
EGIL Como yo fuese muy rico,
por merecer tu amistad,
á fe que lo diera todo.
HAR. Ya buscaremos el modo
de probarla.
ERICO ¿Y con verdad
te sientes dichoso?
HAR. Sí.
ERICO ¿Y tus dichas cuáles son?
HAR. Aurelia, en mi corazón:
y el conde Lotario allí.
ERICO ¡Mezcla extraña!
HAR. ¿No presenta
ese mar en su pujanza,
en una costa bonanza,
y en otra costa tormenta?
Pues ya ves sin ir más lejos,
la mezcla de que te admiras:
¡de una tormenta las iras
(Golpeándose el pecho.)
y de un cielo los reflejos!

(Señalando hacia el sitio en que se supone que está Aurelia.)

Pero esto es sólo empezar:
va más allá mi ambición,
que siempre mi corazón
se ha dilatado en el mar.

ERICO ¿Qué es aquello?

(Señalando hacia el exterior. Pausa. Los tres escuchan algunos instantes.)

HAR. Nada.

ERICO Espera.

(Nueva pausa. Escuchan de nuevo.)

HAR. Será el viento allá en la fronda,
ó el alerta de una ronda,
ó el aullido de una fiera.
Decía, que nuevo rumbo
á mis hazañas daré.
¿Queréis seguirme?

(Con entusiasmo.)

EGIL Sí, á fe.

HAR. Pues á menos de algún tumbo
en la mar embravecida,
á buen puerto llegaremos,
que para llegar tenemos
mucho aliento y mucha vida.
Vosotros vais á lograr

(Egil oye con afán: Erico con tristeza: ambos con interés.)

ricas armas, y caballos,
y castillos, y vasallos,
y bosques en que cazar.

ERICO ¿Y tú?

HAR. Yo aspiro á mayor
y más sabrosa ventura.
de mi Aurelia la hermosura
sazonada con su amor.
Mas no me detengo aquí,
que mi ambición es suprema:
necesito una diadema
para Aurelia y para mí.

ERICO Que algo sucede te digo,

(Levantándose y yendo al fondo.)

y la noche es traicionera.

HAR. Deja la noche allá fuera,
y ven á soñar conmigo.
(Se sienta Erico.)
EGIL ¿Una diadema?
HAR. Sí tal;
y no de mezquina grey.
EGIL- ¿De conde?
HAR. No: más.
ERICO ¿De rey?
HAR. Eso es muy poco: imperial.
(Movimiento de Erico y Egil)
Un Carlo-Magno existió,
según dicen: pues ¿por qué,
lo que él hizo, no podré
hacerlo lo mismo yo?
ERICO ¡Deliras!
HAR. Para llegar
es necesario partir.
Todo el que llegó á subir
comenzó por delirar.
Y ni aun eso satisface
las ansias de mi albedrío.
Al fin cualquier poderío
se derrumba ó se deshace.
Espuma los mares son:
las montañas son arena:
y toda dicha terrena
engendro de una ilusión.
Por eso quiero yo más:
algo que espante ó que asombre:
donde yo grabe mi nombre
no ha de borrarse jamás.
¡De esa gloria voy en pos!
(Llamándoles á sí y hablándoles con misterio, pero con energía.)
Nuestros dioses son ya viejos:
quiero seguir los consejos
de Aurelia. Quiero su Dios.
(Movimiento de asombro y de terror en Erico y Egil.)
ERICO ¿Y vas á imponerlo?
HAR. Sí:
á cuanta tierra el sol dore:
Quiero que el mundo le adore...

¡y que le adore por mí!
De este modo, si no yerra
mi pensamiento en su vuelo,
se dirá: «¡Dios hizo un cielo
y Haroldo le dió una tierra!»
(Erico y Egil se levantan y retroceden con espanto mirando hacia el fondo sombrío de la entrada. Haroldo sigue sentado y los mira con desprecio.)

ERICO Sueños de loca ambición,
que pueden morir mañana,
al pasar la barbacana,
ó al asaltar el torreón.
Despierta Haroldo ¡ay de tí!
que tu enemigo más fiero,
no en el castillo frontero
lo tienes.

HAR. ¿Pues dónde?
(Levantándose y acercándose á Erico.)
(Tocándole en el pecho.)

ERICO ¡Aquí!

HAR. No te comprendo. ¿Supones
que va á fracasar mi empresa?
¿Es esa tu alarma?
(Con enojo.)

ERICO (Con temor y dominado por Haroldo.)
Es esa.
Que son muchos los torreones:
y que tu gente es escasa:
que la tienes dividida:
y que temo por tu vida...
eso es todo lo que pasa.
Muy pocas fuerzas trajiste:
el resto, allá sobre el mar,
quedóse con Raguenhar,
y hasta se ignora si existe.

HAR. Jamás en lucha ninguna
(Con enojo y á manera de dura reconvención.)
tal desconfianza y desvío
mostraste del valor mío,
ni de mi buena fortuna.
(Erico inclina la cabeza.)

EGIL. Desconfianza mal fundada,
que si es por falta de gente,

antes que lleguen á Oriente
las luces de la alborada,
Raguenhar estará aquí.

HAR. ¿Raguenhar?

EGIL Él arribaba
cuando yo en la playa entraba.

HAR. ¿Les viste?

EGIL Digo que sí.

HAR. ¿Su barcaza?

EGIL No hay error.
Trapo rojo al tope lleva.

HAR. No has podido darme nueva
que me supiera peor.

(Erico se va al fondo y escucha. Egil se queda algo cortado al ver el enojo de Haroldo. Éste se arroja en el banco con despecho.)

EGIL ¡Ahora sí que me atortolo!
Yo pensé...

HAR. Muy de ligero.

EGIL Para entrar...

HAR. Es que yo quiero
entrar por mí, y entrar solo.

ERICO Pues pienso que acaso estén
llegando.

EGIL Yo pienso igual.
(Acercándose al fondo.)

HAR. Y yo que al pensar tan mal
acaso pensásteis bien.

EGIL Son gritos de centinelas.

ERICO Soldados que se aproximan.

EGIL Allí grupos que se animan,

ERICO Y allí, sobre las rodelas,
reflejos de hachones rojos.

EGIL Es Raguenhar.

ERICO Raguenhar.

HAR. ¡No haberle tragado el mar!

ERICO Templa, Haroldo, tus enojos!

ESCENA X

HAROLDO, ERICO, EGIL, RAGUENHAR. Raguenhar se presenta en el fondo precedido de dos soldados con hachones y entre varios capitanes; pero ninguno pasa á la tienda

RAG. Basta ya, y agradecido,
que á buen puerto hemos llegado.
(Todos se retiran.)
No es malo haberte encontrado.
(Penetrando en la tienda y dirigiéndose á Haroldo.)
HAR. Si no me hubieses perdido,
conmigo estuvieras hoy,
y era inútil el encuentro.
RAG. ¡Te metiste por el centro
del golfo!
HAR. Yo siempre voy,
y es ley de que no me aparto,
al centro de todo aborto,
en la tempestad que corto
ó en el corazón que parto.
RAG. Mi centro es una abadía
del lado allá de esa loma,
con más oro que hay en Roma
y con mucha pedrería.
Cuando en Oriente el sol arda
iremos de expedición.
HAR. No es posible, que el torreón
del conde Lotario aguarda.
RAG. Buena presa ¡por mi vida!
gente pobre y orgullosa,
y una muralla ruinosa
por la hiedra carcomida.
HAR. Está el conde, y para mí
no existe mayor riqueza.
(Raguenhar ríe con sarcasmo.)
¿Te burlas?
RAG. De tu torpeza.
HAR. ¿De mi torpeza?
RAG. Y de tí.
Contra el murado recinto
descargas golpes feroces

sin descanso, y no conoces,
ni siquiera por instinto,
—de tal manera te obceca
la pasión y te avasalla,—
que esa negruzca muralla
es una cáscara hueca. (Con cruel sarcasmo.)

HAR. No te comprendo.

RAG. ¿Que no?
Pues escucha, mal corsario.
Que no tendrás á Lotario
si no te lo entrego yo.

HAR. ¿Tú lo tienes? (Con asombro.)

RAG. Lo cogí.

HAR. ¿Qué dices?

RAG. Y á otros dos más.

HAR. ¡No es cierto!

RAG. Ya lo verás.

HAR. ¿Tú?

RAG. Yo mismo.

HAR. ¿Al conde?

RAG. Sí.

HAR. ¡El! .. ¡Lotario!... ¡Rayo y muerte!
Pero ¿dónde?

RAG. En el sotillo.

HAR. ¿Cómo?

RAG. De un modo sencillo.
Cayendo, por mala suerte,
ó por poco previsores,
á tiempo que yo llegaba
en la curva que formaba
mi línea de exploradores.

HAR. ¿Salió?...

RAG. Por lo visto.

HAR. ¿El modo?

RAG. No quiso decirlo; pero...
habló...

HAR. ¿Quién?

RAG. Su compañero;
el más joven.

HAR. ¿Y ese?

RAG. Todo.
Por una mina escapó
del castillo y vino aquí.

HAR. ¿A mi campamento?
RAG. Sí.
HAR. ¡Deliras, Raguenhar!
RAG. No.
Sé lo que digo. Y también
quien le trajo, aunque te asombre.
HAR. ¿Quién le trajo? Dí su nombre.
RAG. Cerca está; míralo bien. (Señalando á Erico.)
HAR. ¡Erico! .. ¡Por Belcebú!
ERICO ¡Miserable! (A Raguenhar.)
HAR. Déjale. (Conteniéndole.)
No te defiendas. Yo sé
quién es él: quién eres tú.
Este por éste responde.
(Golpeándose el pecho y señalando después á Erico.)
Tu cuento no es más que un cuento;
y en cuanto á mi campamento,
ni la sombra vió del conde.
RAG. Respecto al conde, transijo;
(Con profunda ironía.)
quizá ninguno le vió
cuando el campo atravesó;
pero *á su sombra*, de fijo.
HAR. ¿Su sombra? ¿De qué manera?
(Con profunda extrañeza.)
RAG. Porque el conde y el villano,
como todo cuerpo humano,
da sombra junto á una hoguera.
HAR. ¡Pronto y claro, Raguenhar!
Un hierro estás esgrimiendo,
pero yo no te comprendo;
acábalo de clavar.
¿Qué hoguera?
RAG. De unos soldados.
HAR. ¿Para qué buscar su brillo?
RAG. Para mostrar un anillo (Con profunda ironía.)
en los puestos avanzados.
HAR. ¡Mira, me infundes pavor!
¿Qué anillo?
RAG. ¡Por Belcebú!
Aquel que heredaste tú (Riendo con sarcasmo.)
de un difunto emperador.
El que guardas con profundo

y con previsor afán,
porque con él sellarán
cuando des leyes al mundo,
uno y otro soberano
decreto de tu grandeza.
¡El que siempre con fiereza
ostenta tu regia mano!
(Pequeña pausa. Haroldo le mira con asombro, casi con espanto: Raguenhar con cruel alegria.)
¿Qué dices?

HAR. ¿Qué, Raguenhar?
(Con ira reconcentrada: quiere precipitarse sobre Raguenhar: Egil le contiene.)
¡Que mientes! Suéltame, Egil.
Y que esa mentira vil,
la vida te ha de costar.

RAG. ¿Lo tienes en tu poder? (Señalando á la mano.)

HAR. No: mi Aurelia, aunque te pese.

RAG. Lo que guardar te interese,
guárdalo de la mujer.

HAR. Voy á llamarla... aunque yerro
dudando de su lealtad:
y si no has dicho verdad
vas á morir como un perro.

RAG. ¿Me amenazas? ¡mala muerte!
Yo mando.

HAR. Mandas allí:
de solo á solo y aquí,
el que manda es el más fuerte.
¡Aurelia!... ¡ven!... (Desde la derecha.)
¡La interrogo,
y ya verás! (Volviéndose á Raguenhar.)
¡Ven... y dame
(Llamando otra vez.)
el anillo!
(Otra vez á Raguenhar.) ¡Espera, infame!
¡Aurelia!... ¡Pronto!... ¡Me ahogo!
(Da hacia la izquierda unos pasos.)

ESCENA XI

HAROLDO, RAGUENHAR, ERICO, EGIL, AURELIA, AUSGUERDA.
Las dos últimas por la derecha

HAR. (Precipitándose hacia Aurelia y trayéndola al centro.)
Un férreo anillo te dí:
¿dónde está? (Procurando coger su mano.)
AUR. ¡No! (Resistiendo aterrada.)
(Llamando á Ausguerda.) ¡Madre mía!
HAR. ¿Dónde está?
AUR. ¡Yo no quería!
HAR. ¡Ven!... ¡Tu mano!... ¡¡No está aquí!!
(Aurelia se suelta de Haroldo, retrocede hacia Ausguerda y se acoge á sus brazos.)
¡Era tu anillo nupcial!
¡No era de oro... ni de plata...
de hierro... que soy pirata!
Pues bien, ¡metal por metal!
(Desnudando una daga.)
AUR. ¡Haroldo! (Abrazándose más á Ausguerda.)
HAR. ¡Te espanta el brillo!
AUR. ¿Qué vas á hacer?... ¡Por favor!...
HAR. ¡Ver si me guardas mejor
en el pecho este cuchillo!
AUR. ¡Piedad!
ERICO (Conteniendo á Haroldo.)
¡Eso no!
HAR. ¡La mato!
(Se desprende de Erico y se arroja sobre Aurelia.)
AUSG. (Poniéndose ante Aurelia.)
No será, que es inocente.
HAR. ¡Aquel lo niega! (Señalando á Raguenhar.)
AUSG. Pues miente.
Ha cumplido mi mandato.
HAR. ¿Tu mandato? (Retrocediendo unos pasos.)
AUSG. Y su deber.
HAR. ¿Tú salvaste al Conde?
AUSG. Sí.
HAR. ¡Repítelo!... ¡No te oí!

¡No te quiero comprender!
¿Tú darle la salvación?

AUSG. Yo misma.

HAR. ¡Y mató á mi padre!
¡O no eres madre, mi madre,
ó he perdido la razón!

AUSG. No: te digo la verdad:
Erico le trajo aquí,
á mi tienda; y yo le dí
tu anillo y la libertad.

HAR. ¡El!... ¡Y tú!... ¡Y ella!... ¡Los tres!
(Señalando á Erico, á Aurelia y á su madre.)
¡Cuanto amaba!... ¡Todo!... ¡Todo!...
¡Un mundo que se hace lodo!
¡Quién sabe!.. ¡Sangre después!
Algo muy negro que avanza
y va penetrando aquí:
y que me deja ¡ay de mí!
á solas con mi venganza.
¡Un misterio que me aterra!
¡Una noche toda asombros!
¡Un peso sobre los hombros
que casi me dobla á tierra!
¡No importa... mis agonías
yo las sabré sujetar,
como sujeta ese mar
sus roncas olas bravías!
¡En el fondo de mí mismo
va otro mar!... ¡que soy Haroldo!
¡y á todo abismo me amoldo,
y reboso en todo abismo!
¡Ya lo veis... ya me vencí!
¡Ya lo veis... nada me espanta!
¡No hay un grito en mi garganta!
¡Ahogué mis iras en mí!
¡Habla pronto y de una vez!
(Acercándose á su madre.)
¡Solos quedemos los dos!...
(Volviéndose á los demás, que comienzan á retirarse, mirando con curiosidad hacia ambos.)
¡Estás delante de Dios
y delante de tu juez!
(Raguenhar, Erico y Egil formando un grupo van hacia

el fondo, pero lentamente y observando al retirarse. Aurelia se dirige á la derecha con movimientos análogos. Ninguno de los personajes desaparece antes de caer el telón. En primer término Haroldo sujeta fuertemente á Ausguerda por un brazo y casi la arroja de rodillas: ella resiste y le mira con fiereza.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Salón del castillo de Lotario, carácter sombrío: señales del incendio y del asalto: á la izquierda un gran arcón de madera sin respaldo; cerca de él un trofeo con armas diversas: á la derecha una mesa y un taburete: cerca de la mesa un soporte con una antorcha encendida: restos de trofeos y armas esparcidas. A la derecha una puerta: á la izquierda una ventana con los cristales rotos y ahumados: en el fondo la entrada principal. Es de noche: la única luz la de la antorcha.

ESCENA PRIMERA

ERICO, EGIL

EGIL La verdad es que no vale,
ni con mucho, este castillo,
la sangre que en ocho asaltos
nuestras gentes han vertido.
Oro, el de alguna corona;
plata, en algún crucifijo;
mucho cuero, poco bronce,
y por no encontrar, ni vino.
¡Así están nuestros normandos
de contentos y lucidos!
Lo que es esta vez, Haroldo
no tuvo suerte ni tino.

ERICO En cambio los que se fueron
con Raguenhar han venido

con doble botín á cuestas
y en la plel ni un solo chirlo.

EGIL ¡Si dicen que la Abadía
era por dentro un prodigio!
El altar mayor de plata,
arcones de oro macizo,
los ornamentos cuajados
de esmeraldas y zafiros,
y guardando este tesoro,
unos viejos y unos chicos.

ERICO ¡Raguenhar sabe lo que hace!
¡Buen olfato y buen instinto!

EGIL ¡Así están todos con él!
Porque es claro, que el cariño
por Haroldo pesa mucho,
pero dejar nuestro nido,
que aunque pobre al fin es nuestro;
venir por el mar bravío,
expuestos á cada instante
á ir al fondo del abismo;
trepar por esas murallas,
que echaban plomo fundido.
y agua hirviendo y alquitrán,
y espesas como el granizo
las saeteras, venablos,
y las almenas, pedrisco,
y si se escapa con vida,
encontrar que todo ha sido,
como dice Raguenhar,
por un cascarón vacío,
no es para estar muy contentos
con nuestro jefe y caudillo.

ERICO ¡Muchas nubes se le agolpan,
muchos son sus enemigos!

EGIL Y lo peor es lo que dicen:
¡que á nuestros dioses antiguos
quiere armar guerra, y echarlos
para siempre á los abismos!

ERICO ¡Calla, Egil!
(Con terror y mirando á todas partes.)

EGIL ¡Y traer por fuerza
al dios de Aurelia! ¡Te digo,
que esto le puede costar

la vida! ¡Nada: no quiso
escucharnos!
ERICO ¡Otra vez!
¡Silencio!
EGIL Pues no replico.
Pero hablando de otra cosa,
¿no es locura, ó no es delirio,
sabiendo que estaba el conde
fuera del viejo castillo,
empeñarse en el asalto,
derramar de sangre ríos...
y todo, dime por qué?
ERICO Porque quiere en este sitio
matar á Lotario ¿entiendes?
Porque en este salón mismo
Einar á manos del conde...
EGIL Bueno: comprendo el capricho.
Fue su padre: no me extrañan
ni su empeño, ni su ahinco.
Pero doscientos normandos
que en el foso, en el rastrillo,
y á trechos en la muralla
hemos dejado tendidos,
ni conocieron á Einar,
ni nunca fueron sus hijos.
ERICO Cada cual mira las cosas,
Egil, de modo distinto.
EGIL ¿Y al fin, vamos, qué ha ganado
ya que otros hayan perdido?
¿Soltó Raguenhar al conde?
Pues inútil cuanto hizo.
Lo mejor fuera escapar
(En voz baja é insinuante.)
de este funesto castillo.
ERICO Tú no conoces á Haroldo.
Decirle «mira ese abismo»,
es decirle: «arrójate.»
Si al fin estalla un conflicto,
le verás hacer, Egil,
ó vencedor ó vencido,
que esto no es fácil saberlo,
algo que espante á los vivos.
¿Te acuerdas de aquel Lodbrog,

cuyas hazañas oímos
á la vieja de la selva
relatar siendo muy niños?
Cae prisionero: le coge
un sajón: busca un martirio
para domar la bravura
de aquel pecho de granito;
y al fin le mete en un foso,
de víboras bien nutrido,
dejándole sólo fuera
el cuello y el rostro altivo.
¿Mostró flaqueza? No tal.
Con serena voz el himno
entonó de sus victorias,
y en el último suspiro
aun murmuraban sus labios
«¡con la espada combatimos!»
sin que el dolor quebrantase
de la estrofa el noble ritmo.
Pues Haroldo en nada cede
á tal héroe: al fin es hijo
de su madre.

EGIL ¿Y ella habló?

ERICO ¿Si habló Ausguerda? ¿Nunca has visto,
sobre un témpano de hielo
un pedazo de granito,
ir flotando por el mar,
entre las nieblas perdido?
Pues considera que viste
á esa mujer, que es prodigio
de carne humana en la forma,
de piedra y hielo en lo íntimo
de su ser, que vaga errante
con rumbos desconocidos.
Silencio, desdén, miradas
de profundo y triste brillo,
fué cuanto opuso á las iras
de Haroldo.

EGIL Pues yo cavilo...

ERICO Silencio, que Haroldo viene.

EGIL ¡Qué pálido!

ERICO ¡No: qué lívido.

ESCENA II

HAROLDO, ERICO, EGIL Haroldo por el fondo lentamente

HAR. Egil, prepara una escolta,
y cuando estén prevenidos
vuelve aquí. Vas á llevar
á Aurelia, que en el sotillo
está esperando la gente
que envió el conde don Ramiro
(Egil se dirige al fondo.)
Pero antes... dile que venga.
(Quiero verla: necesito...) (Aparte.)
¿No me comprendes? (Alto.)
EGIL (Sale por la derecha.) Ya voy.
HAR. (La última vez. Es preciso.) (Aparte.)

ESCENA III

HAROLDO, ERICO

ERICO Haroldo...
HAR. ¿Qué dices tú?
ERICO Que eres injusto conmigo.
HAR. Pues conmigo lo son todos,
es natural, me desquito.
ERICO ¿Dudas de mí?
HAR. Yo no dudo.
Sé lo que sé: lo que he visto.
ERICO Mi amistad...
HAR. Una palabra
como todas: un sonido.
ERICO Ponme á prueba.
HAR. ¿Para qué?
ERICO Para probar lo que digo.
Que soy el de siempre, ¡Haroldo!
(Acercándose con emoción.)
¡Haroldo, que soy Erico!
¡Mira, todos te abandonan!
Se prepara con sigilo

Raguenhar, y en un instante,
mañana, ¿quién sabe? hoy mismo,
arrojará sobre tí
esas hordas que tragimos.
Ninguno estará á tu lado.

HAR. Tampoco los necesito.

ERICO Pero yo estaré delante
cerrándoles el camino,
y mientras sangre me quede,
la tuya estará en su sitio.

HAR. (Mirándole atentamente y con más dulzura.)
Acaso dices verdad;
que es el hombre tal tejido
de luces y de negruras,
de virtudes y apetitos,
de soberanas grandezas
y de rastreros instintos,
que el que ayer todo traición,
por un cambio repentino,
puede mañana ser todo,
amistad, amor, cariño.
Pongamos que este momento
es de los buenos, Erico;
y pues una prueba quieres,
una tan sólo te exijo.
(Levantándose y aproximándose á él.)

ERICO ¡Mi vida!

HAR. No: mucho menos. (Con cierta ironía.)
La vida de mi enemigo.
Ya sólo á mi alrededor,
ruinas, odios, ó desvío.
como fiera en una jaula
me tienen preso y cogido.
¡Arroja en ella á Lotario,
y formen sus hierros circo
en que pueda yo saciar,
con su sangre mi apetito!
¡Vengarme y morir después:
esto tan sólo te pido!
¿Sabes dónde Raguenhar
le guarda? ¡Responde, Erico!

ERICO Tal vez. (En voz baja, con afán y misterio.)

HAR. ¿Lo sabes? ¿Lo sabes?

ERICO He observado ciertos signos...
tengo sospechas...
HAR. ¡Pues vamos!
ERICO ¡Yo solo!... ¡Solo!... ¡Lo exijo!
(Haroldo le mira con fijeza.)
HAR. Pues bien: solo si te empeñas.
Abrirte quiero camino
para volver á mis brazos,
que hoy están harto vacíos.
No hay en ellos ningún ser
á quien den calor y abrigo;
no hay ninguno á quien por vil
sirvan de mortal anillo.
(Pequeña pausa. Erico se acerca más á Haroldo y habla con cierto recato.)
ERICO Basta que ruede una piedra
por el talud de un abismo,
para que arrastre de nieve
una montaña consigo:
basta con sólo un arroyo
para que desborde un río:
y una gota, allá en las nubes,
á un turbión abre camino.
Yo sé que empiezo la lucha,
y por qué le doy principio;
pero, ¿qué vendrá después?
HAR. La muerte: lo sé de fijo. (Friamente.)
ERICO Adiós, Haroldo. Tu mano.
HAR. Cuando la hayas merecido.
Y sal ya, que Aurelia viene.
Si le encuentras...
ERICO A este sitio.
(Sale por el fondo.)

ESCENA IV

AURELIA, HAROLDO

HAR. ¡Qué pálida está tu tez!
AUR. Dijeron que me llamabas.
HAR. Dijeron bien.
AUR. ¿Qué deseabas?...

HAR. Verte por última vez.
AUR. ¡Haroldo!..
HAR. Vas á partir;
fuera te aguarda tu gente.
AUR. ¡Separarnos!... ¡Dios clemente!
¡Nunca!... ¡Prefiero morir!
HAR. ¡Morir, Aurelia! No tal.
Ya mudarás de opinión
en el gótico salón
de tu castillo condal.
Eres joven y gentil,
y el olvido es un viajero,
que si no llega en Enero,
llega de fijo en Abril.
No resistas: vete ya,
que el viajero corre y corre,
y á las puertas de tu torre
muy en breve llamará.
AUR. ¡Dudas, Haroldo, de mí!
HAR. Dudo de todo cariño.
Empecé á dudar de niño:
después, un día creí.
Uno sólo y muy fugaz:
cuando supe de mi padre:
cuando pude decir ¡madre!
cuando te miré á la faz.
AUR. ¿Y después?
HAR. Después pasó,
y para siempre, ese día:
llegó la noche sombría,
y esa sí que no acabó.
AUR. ¿Y ahora?...
HAR. Ya lo ves. De todo:
y es natural este anhelo.
Quedé dormido en el cielo
y he despertado en el lodo.
(En voz baja y sombría)
¿Ni cómo podrá creer,
responde á mi frase ruda,
el que de su madre duda,
en ninguna otra mujer?
¿Comprendes mis ansias?
AUR. Sí:

y no sé qué contestar.
Sé querer y sé llorar:
si esto no basta ¡ay de mí!

HAR. Pues, Aurelia, no es bastante:
que por antiguos resabios,
si mucho mienten los labios,
aun miente más el semblante.

AUR. Buen remedio la traición
tendrá siempre, Haroldo.

HAR. ¿Cuál?

AUR. En tu mano ese puñal:
en mi pecho un corazón.

HAR. ¡Me agrada ese arranque en tí!...
si cual lo dices lo sientes.
¿Me amas mucho?

AUR. ¡Sí!

HAR. ¿No mientes?

AUR. ¡Haroldo!...

HAR. Pues oye.

AUR. Dí.

HAR. Ponlo junto al corazón,
(Dándole el puñal que lleva al cinto.)
y si llegas á pensar,
que me puedes olvidar,
cierra el paso á la traición,
anegando sus reflejos
en tu sangre. No podría
yo mismo, porque ese día
estaremos ya muy lejos.
Déjame, y á tu dolor (Conteniendo á Aurelia.)
hazle sufrir y callar.
Te dí cuanto pude dar
en recuerdo de mi amor.
Recuerdo, que si no yerro,
es tan flojo y vale tanto,
que allí donde miente el llanto,
no ha mentido nunca el hierro.

ESCENA V

HAROLDO, AURELIA, EGIL, por el fondo

AUR. ¡Haroldo!...
EGIL Ya prevenida
la gente que ha de llevarla
tengo afuera, y de esperarla
alegre y resuelta cuida
la del conde don Ramiro;
conque tiempo no perdamos.
HAR. ¡Adiós!
AUR. ¡Nunca!
EGIL Vamos.
HAR. Llévala.
(Con tono duro y resuelto.—Egil la separa á cierta distancia, dispuesto á cumplir la orden de Haroldo.)
AUR. ¡No! ¡Yo deliro!
¡Tú arrojándome de tí!
¡Tú separando mis brazos!
¡Tú desatando los lazos
que forjaste para mí!
HAR. ¿Por qué dejas que te lleve (Sin mirarla.)
si el romperlos te acongoja?
Si te niegas se me antoja
que la fuerza no se atreve.
AUR. (Alentada por las palabras de su amante, se arranca de los brazos de Egil y se precipita en los de Haroldo.)
¡Haroldo!
HAR. ¡Aurelia!
AUR. ¡Mi bien!
EGIL (Procurando separarla sin conseguirlo.)
¡No hay modo!
HAR. (Con tono duro.) ¡Es cosa resuelta!
AUR. ¿Oyes lo que dice? suelta. (A Egil.)
EGIL ¿Oyes lo que dice? ven. (A Aurelia.)
(Separándola de nuevo.)
AUR. ¡Me llama y es mi señor!
EGIL Nuestra presencia le estorba:
y en esa mirada torva
habla el enojo.

AUR. ¡El amor!
HAR. ¿Qué esperas? (A Egil.)
EGIL Si ha de ceder.
¡Se resiste y llora tanto!
HAR. La resistencia y el llanto
valen poco en la mujer.
EGIL Ven, Aurelia.
AUR. ¡No será!
HAR. ¿Qué es, mancebo, de tu brío?
(Con ironía brutal en que se ve su gozo por la resistencia de Aurelia.)
EGIL ¡Vas á verlo!
(Irritado ya, se la lleva con violencia. Haroldo les sigue con la vista.)
AUR. ¡Haroldo mío!
EGIL Al fin cede.
HAR. (Con enojo á Aurelia.)
¡Cedes ya!
AUR. El cuerpo cede ¡ay de mí!
dolorido y quebrantado:
¡no el alma que se ha quedado
para siempre junto á tí!
EGIL ¡Al fin es mía! (Llevándosela brutalmente.)
HAR. ¡Tu presa!
¡Ella!... ¡Mi Aurelia!.. ¡Jamás!
¡Y no des un paso más,
si la vida te interesa!
(Los varios sentimientos que se desarrollan en el alma salvaje, móvil y apasionada de Haroldo, es inútil explicarlos, el actor los adivinará. Quiere que se marche: goza con su resistencia: se irrita aún más cuando cede: todo esto mezclado con las mil pasiones, que luchan en el fondo de su alma. Al fin se precipita, la arranca de los brazos de Egil y casi desvanecida la trae al proscenio en los suyos.)
Esta... la que ves aquí...
maltratada... dolorida...
moribunda... escarnecida...
¡sólo, sólo es para mí!
Puedo su sangre verter,
y puedo agotar su llanto,
y hasta matarla de espanto...
¡sin dejarla de querer!

Oye, Aurelia... escucha y mira...
Mis dudas ¡sombras livianas!
mi enojo ¡palabras vanas!
¡y todo aquello mentira!
¡Será el mundo oscuridad!
¡Será el cariño traición!
¡Será lodo el corazón!...
¡Pero tu amor es verdad!
Llevaré dentro de mí
un negro abismo profundo:
dudaré de todo el mundo:
¡pero no dudo de tí!
Al menos, mientras te veo,
mientras no rompo estos lazos,
mientras te oprimo en mis brazos,
¡te adoro, Aurelia, y te creo!

AUR. ¡Aun me quieres! (Con suprema alegría.)
HAR. De este modo.
AUR. ¡Así!...
HAR. Calla: no es bastante,
y en este supremo instante
quiero yo decirlo todo.
¡Tu ser se infunde en mi ser:
de tí brota y á mí pasa,
y me ilumina, y me abrasa,
y me enloquece, mujer!
¿Por qué? No lo sé decir.
¿Cómo? No lo sé explicar.
¿Quién supo lo que es amar?
¿Quién sabe lo que es sentir?
¡Fueras traidora y te amara,
aun después que lo supiera:
me dieras muerte, y muriera,
y mi sombra te adorara!
AUR. ¿Entonces?
HAR. ¿Por qué te arrojo?
¿Por qué te entrego á tu gente?
¿Por qué mi cariño miente,
ó por qué miente mi enojo?
¿Por qué los cuerpos separo
cuando están las almas juntas?
¿No es eso lo que preguntas?
AUR. ¡Eso!

HAR. Pues bien, le preparo
esta noche á mi cuchillo,
por saldar antigua cuenta,
una venganza sangrienta
en este negro castillo.
¡Y todos van á impedirla,
y yo me empeño en lograrla,
y la vida el alcanzarla
me costará, y al rendirla
en el fiero batallar
de una parte y otra parte,
no quiero, Aurelia, dejarte
en brazos de Raguenhar!
¿Comprendes ya mi rigor?
¿Por qué te obligo á partir?
¡Porque yo voy á morir
y quedas sin defensor!
(Durante este parlamento Aurelia está casi desfallecida en los brazos de Haroldo.

AUR. ¡Tú morir! (Aferrándose á él.)
HAR. Lo sé: lo siento.
AUR. ¡No verte!... ¡Haroldo, no verte!
HAR. ¡Con el alma, tras la muerte,
si tu Dios no es sólo un cuento!
AUR. ¡Ay, mi Haroldo!
HAR. Basta ya.
AUR. ¡Ay de mí! (Quedando desmayada.)
HAR. Lo he decidido.
EGIL ¿No ves que perdió el sentido?
HAR. ¿Qué importa? ya romperá
el hielo y la palidez
esparcidos por su frente,
de amor este grito ardiente
que oye por última vez.
(Contemplándola con pasión.)
Adiós, divina hermosura,
cuerpo helado y dolorido,
adiós, mujer, que has fundido
mis fierezas en ternura,
Llévala... Rompe estos lazos... (A Egil.)
Espera... Yo mismo un poco...
(Retirándola de Egil, que quiere tomarla.)
Ahora toma... No, tampoco:

(Acercándose al fondo.)
¡extrañaría tus brazos!
(Con suprema ternura y oprimiéndole contra su pecho: así llegan al fondo.)
¡Adiós!... ¡Ya basta!... ¡Por fin!
(Entregándosela á Egil, que hace ademán de marcharse.)
¡Aguarda!... ¡No!...
(Figurando que por última vez la abraza y la besa.)
¡Vete ya!
(Sale Egil con Aurelia: Haroldo viene vacilante al primer término.)
¡Esto!.. ¿qué es esto?... ¿será?...
(Pasándose la mano por la mejilla.)
¿será una lágrima ruín?
Eso no .. no llego á tanto:
es de Aurelia.. ya lo sé...
cuando al partir la besé
manchó mi rostro su llanto!
(Queda sentado junto á la mesa y con la cabeza entre las manos.)

ESCENA VI

HAROLDO y AUSGUERDA. Esta última entra por la derecha y se acerca á su hijo

AUSG. Por el plano de nieve que al abismo
corre desde el crestón de la montaña,
ví mil veces bajar, rodando á saltos,
un pedazo de roca descuajada;
mas con ser prodigioso su descenso,
no lo fué más que el de mi propia raza.
HAR. ¿Quién lo dice?
AUSG. Tu rostro.
HAR. ¿De qué modo?
AUSG. ¿No estás llorando?
HAR. (Con energía.) Sí.
AUSG. Pues con tus lágrimas.
HAR. Lo que no hiciste tú, tengo que hacerlo:
verter el llanto que mi madre guarda.
AUSG. ¿Por la sombra de Einar acaso ha sido?

HAR. (Dudando un momento)
¡Por la sombra de Einar, en esta sala,
antes que de los ojos brote llanto,
ha de apurar su sangre una garganta!
AUSG. No llegará á tus manos, que á buen precio
la soltarán de Raguenhar las garras.
HAR. Eso ya lo veré. (Con ironía y amenaza.)
AUSG. ¿Pues qué proyectas?
HAR. ¿Qué proyecto? ¿Pretendes la mirada
clavar curiosa en el oculto seno
del pensamiento?
AUSG. Sí.
HAR. Pues no me espanta,
con tal que tú me dejes en el tuyo
saciar la sed de mis mortales ansias.
AUSG. Ya lo intentaste por la fuerza. (Con ironía.)
HAR. Mira:
por la fuerza vencer mi mano airada
sabe la resistencia de las fieras,
del hombre, de un peñón, del mar, del agua;
pero al llegar á tí, tiembla medrosa,
que se formó recuerda en tus entrañas,
y lo que empieza por amago impío
de rudo golpe... ¡por caricia acaba!
(Describiendo esto mismo con la acción.)
AUSG. (Separándose de él, después de contemplarle con desdén.)
¡Y eres hijo del mar! ¡Y la luz viste
por vez primera en su robusta espalda!
¡Y tu cuerpo cayó junto á mi cuerpo,
de golpe sobre el puente de mi barca!
¡Y de tu pecho los primeros gritos
ecos hallaron en las ondas bravas!
¡Y la espuma del mar saltó á tu rostro
y se mezcló con tus primeras lágrimas!
¡Y eres hijo del Norte y de sus nieblas,
la sangre llevas de sus fieras razas,
y de tu madre dudas, y la pones
de tu brazo al alcance... y no la matas!
(Pequeña pausa; le contempla de nuevo; sigue con desprecio.)
¡No eres hijo de Einar!...
(Mirándole fijamente.) ¡Más bien parece

que de estas gentes, cuya carne ablanda
un sol eterno con sus rayos rojos,
tu carne se nutrió, y en ella un alma
tan ruin como la suya y tan cobarde,
á traición se filtró y avergonzada!
(Se aleja de Haroldo.)

HAR. Acaso, madre, la razón te asiste.
¡Quién sabe si seré vano fantasma,
gigante como nube ó como niebla,
que al bajar desde el cielo á la montaña,
parece que la coge y la domina,
y choca luego con sus crestas ásperas,
y el titán en girones se divide,
que son humo, vapor... y al cabo nada!

AUSG. Lo serás.

HAR. Lo seré; pero aquí llevo
(Oprimiéndose el pecho.)
un clavo que me hiere y me desgarra.
Para lograr grandezas seré sombra;
pero ¡ay! para el dolor soy carne humana.
Oye, madre. Contesta á mis preguntas.
¡Una sola! ¡No más! ¿Quieres?

AUSG. Pues habla.

HAR. (Duda; mira a su alrededor; se acerca á Ausguerda y habla en voz muy débil.)
¿Amaste siempre?

AUSG. ¿A quién?

HAR. Tú me comprendes.
(Con terror, con repugnancia, dudando y apartando los ojos de Ausguerda.)
A mi padre.

USG. ¡Pregunta si yo amaba
á mi Einar, á mi Dios, al que reunía
el recuerdo, el placer y la esperanza
en solo un haz, y en sus robustos brazos
amante y vencedor lo sujetaba!
Si yo le amé! ¡Si yo le amé!
¡Responde!
sabes tú de amor!... ¡Que en él hay lágri-
[mas!
viste por la vez postrera?
bra hacia allí la luna clara
ntana.)

una colina, un bosque y un sendero
que serpenteando á la llanura baja?
Pues por toda esa parte nuestro campo
y en otro tanto más se dilatàba.
En lo alto nuestra tienda, y de la noche
la negra sombra y la traidora calma.
Bajo el tendido lienzo de una vela,
compañera del viento y de sus ráfagas,
sobre un montón de pieles mal curtidas
y de una tea en la penumbra opaca,
Einar y Ausguerda, juntos, como siempre,
confundían sus cuerpos y sus almas.
«¡No vayas al castillo!» le decía,
y él mis largos cabellos destrenzaba.
«¡No vayas al castillo!» Y, desdeñoso,
sin escuchar mis ruegos ni mis lágrimas,
se encoge de hombros, la rojiza tea
sacude contra el suelo, en él la apaga,
y por toda respuesta á mis temores
la sombra, un beso y una carcajada.
(Pequeña pausa. Ausguerda queda pensativa.)
Cuando el azul del cielo allá en Oriente
de púrpura tiñó la luz del alba,
y punzante la brisa matutina
penetró por las tiendas mal cerradas,
y gruesas caracolas repitieron
el cántico marcial de la mañana;
Einar, delante de su tienda, al día,
el pecho al viento, alegre saludaba,
y yo, entre tanto, pálida y llorosa,
del insomnio pasado con las ansias,
repitiendo: «¡No vayas al castillo!»
á su robusto cuello me colgaba.
Después partió; por el sendero angosto
fué descendiendo con segura planta,
y de este modo, por la vez postrera,
le ví dejar su tienda de campaña.
Sola quedé; y echándome en el lecho,
en las pieles hundí manos y cara.

Har. ¿Y aquella noche fué?
Ausg. Aquella noche.
Har. ¿Y aquí el festín?
Ausg. Aquí.

HAR. Y tú que guardas
esos recuerdos del amor perdido,
y esas memorias de la prenda amada,
cuando busco á Lotario ¿con tu cuerpo
le cubres y me impides la venganza?
¿Por qué, madre? ¿por qué?

AUSG. ¿Saberlo anhelas?

HAR. ¡Tú eres la que vacilas!

AUSG. ¡Por tu causa!
Mi temor es por tí, que yo no quiero,
que te aten á su fresno las tres parcas,
(Con terror supersticioso.)
y que el lobo maldito su cabeza
hunda voraz de Haroldo en las entrañas.

HAR. ¿Y cuál el crimen, dí? ¿Cuándo lo ha sido
entre nuestros hermanos la venganza?
¡No te creo!.. ¡que no!... ¡borrar pretendes
esta duda cruel!

AUSG. Otra me abrasa;
conque unamos las dos, pues quiso el cielo
que al dudar tú de mí, yo dude...

HAR. ¡Acaba!

AUSG. (Acercándose á él.)
¿Lo quieres?

HAR. ¡Sí!

AUSG. Pues bien... ¡aquella noche!

HAR. Ya sé: la del festín y la matanza...

AUSG. ¡Después del crimen!.. ¡con su sangre tinto!...
(Ausguerda y Haroldo forman un grupo lleno de movimiento y de pasión.)

RAG. (Presentándose de repente en el fondo y con tono colérico.)
¡Eres ya mío!

AUSG. ¡Raguenhar!

HAR. (Volviéndose.) ¡Mal haya
quien te trajo!

RAG. ¡Insensato, tu osadía...
y tu delirio!

HAR. (A Raguenhar.) ¡Vete!...
(A su madre.) ¡Sigue!

RAG. ¡Aguarda!

ESCENA VII

HAROLDO, AUSGUERDA, RAGUENHAR; después ERICO

RAG. ¿Imaginas que mi gente
trajo sangre prevenida,
para gastada y vertida
por caprichos de un demente?
AUSG. ¿Y á cuenta de qué ocasión
ese alarde y ese insulto?
RAG. ¡A cuenta de ese tumulto
que me suena á rebelión!
(Se oyen gritos y choque de armas.)
ERICO (Presentándose en el fondo con la cabeza descubierta, el vestido en desorden, la espada en la mano, herido y vacilante: entra apoyándose donde puede.)
Mi palabra te he cumplido:
Haroldo, te traigo al conde...
(Los movimientos naturales de sorpresa en los demás personajes. Haroldo corre á sostener á Erico.)
¡Al fin lo arranqué!
RAG. ¿De dónde?
ERICO De donde estaba escondido.
HAR ¡Erico!... (Apretándolo la mano.)
ERICO Remata mi obra.
¡También cumpliste tu oferta!...
Yo defenderé esta puerta...
Te dejo tiempo de sobra.
RAG. (Queriendo detener á Erico.)
¡No ha de ser!
AUSG. ¡Haroldo!
HAR. (A su madre y á Raguenhar con fiereza.)
¡Atrás!
ERICO (Llamando desde la puerta del fondo.)
¡Por aquí!..
AUSG. ¡Yo desvarío!
(Se ve más allá de la puerta á Lotario entre dos soldados. Erico le obliga á entrar.)
ERICO ¡Tuyo al fin!
HAR ¡Al fin es mío!
¡Vete!... ¡Cierra!... ¡No entres más!
(Erico sale y cierra la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

HAROLDO, AUSGUERDA, RAGUENHAR, LOTARIO. El traje de éste es completamente distinto del de los normandos: viene sin manto, sin armas, la cabeza descubierta, un cinturón de hierro y una cadena. La actitud del personaje queda encomendada al talento del actor. Lotario en el centro, impasible y desdeñoso: á la derecha Ausguerda: á la izquierda Haroldo. El cuadro sombrío; la única luz la de la antorcha

HAR. (Desde lejos, sin acercarse á Lotario, señalándole con el brazo extendido.)
¡Es él!... ¡Es él!... ¡Vencí!... ¡Ya está á mi al- [cance!
¡Es Lotario!... ¡Por fin!... ¡Por fin lo tengo!
¡Si tendiese mis manos, bien podría
convertirlas en garfios de su cuerpo...
y después, sin que nadie lo impidiese,
rostro con rostro, atarazar su cuello!...
Pero no, si le toco, mi venganza
concluye, porque ya... ¡no me contengo!
(Alejándose de Lotario, pero sin perderle de vista; todo esto queda encomendado al actor.)
Quiero calmarme... Sujetar mis iras...
Detener si es posible el pensamiento...
Saber que mato... Mato de repente,
y no gozo su muerte, ni la creo:
dura solo un instante, se hace polvo,
me apetece empezar... ¡y ya no puedo!
(Se separa de Lotario, sin separar de él la mirada, como fiera que no quiere perder su presa, y se aproxima al arcón.)

LOT. Cual era lo pintaste aquella noche.
(A Ausguerda.)

AUSG. ¿Qué hacer? ¿Callar ó descorrer el velo?

LOT. Tu voluntad consulta, no la mía.
La verdad, ni la busco, ni la temo.

RAG. Mis memorias evoco: de esos rostros
(Señalando á Ausguerda y á Lotario.)
la palidez y la ansiedad observo...
¡Sigue, Haroldo, que acaso tu venganza
me ofrece más de lo que yo apetezco!

HAR. Rumor confuso de palabras oigo:

hablais los tres de no sé qué misterios:
ya buscarlos sabré, fibra por fibra,
en tu ruin corazón después de muerto.
(A Lotario.)

LOT. Mal medio ¡vive Dios! Cuando se rompe
este vaso, de sangre siempre lleno,
¿qué piensas, pobre mozo, que se encuentra?
unos huecos no más: sólo unos huecos.

HAR. ¡No te detengas, no! Sigue, Lotario:
¡al hambre das estímulos de fuego!
¡de la venganza el apetito aguijas!
¿Qué decías? ¿qué más?

LOT. Que hay sólo un medio
de saber la verdad (Friamente.)
Nunca la busques
de silenciosa muerte bajo el hielo:
donde la vida está; donde golpea
(Señalando á Haroldo.)
la sangre humana en su bullir inquieto;
donde la piel enrojecida abrasa;
donde salta á los ojos el destello
de interna luz, y la pasión rebosa
agitando los labios entreabiertos...
¡allí está la verdad!
(Pequeña pausa.) Si yo tuviera
que buscarla .. en Haroldo, por ejemplo,
¿sabes tú, pobre mozo, lo que haría?
(Haroldo le mira como fascinado.)
Arrancar esa antorcha de su asiento...
acercarme con ella paso á paso
al hombre que escondiese mi secreto...
y su rostro inundar con la luz roja
de ese penacho que se esparce al viento.

HAR. ¡Para ver mi semblante!

AUSG. Tu semblante.

HAR. ¿Para saber sin duda lo que pienso?

LOT. ¿No lo digiste ya?

HAR. ¿Pues por qué causa?

AUSG. La causa es mi secreto.

LOT. Y mi secreto.

HAR. ¡Uno para los dos! ¡Ya lo sabía!
(Avanzando terrible.)

LOT. Si los dos lo ignoramos, pobre necio,

¿cómo es posible que á tus ojos sea
claridad lo que es sombras á los nuestros?
(Dice esto lanzándole una desdeñosa mirada de compasión.)

HAR. ¡Queréis enloquecerme por salvarle!
¡Pero inútil argucia!... ¡que os comprendo!
(Con acento reconcentrado, luego creciente, al fin terrible, y como dispuesto á arrojarse sobre Lotario.)
Tuve un padre... ¡por tí perdí su nombre!
¡Su gloria!... Más: ¡su amor!... Aun más: ¡sus [besos!
¡Tuve una patria y el normando pide
mi muerte con aullidos desde lejos!
¡Tuve un amor, Aurelia!... pues mi encono
lo arrojó de mi ser, hace un momento,
que este vaso de arcilla necesito
(Golpeándose el pecho)
para el odio y la sangre por entero.
Tuve una madre... aquella... ¡madre mía!...
Pero ya... mírala... ya no la tengo.
De suerte que por tí perdílo todo:
¡Gloria, patria!... ¡Mi fe!... ¡Mis compañeros!...
¡Mis padres! ¡Y mi amor! .. Y no me resta
en la infinita sucesión del tiempo,
más que una noche, tu ruinosa torre,
mi venganza, mis brazos... ¡y tu cuerpo!

AUSG. ¿Qué hacer, Lotario?

HAR. ¡A la defensa pronto,
que vienen ya!
(Se oyen gritos lejanos.)
¿No tienes? ¡Toma un hierro!

AUSG. ¡Atrás!

HAR. ¡Aparta!

AUSG. No.

LOT. ¡Pobre insensato!

HAR. ¡A nadie reconozco!... ¡A nadie creo!
¡La noche ante mis ojos y en su fondo
sólo de dos imágenes los cercos!
¡De Einar es una! ¡De Lotario es otra!
Ambas me miran... vienen á mi encuentro ..
¡Hijo, me grita...

AUSG. ¿Cuál?
(Cogiéndole por un brazo y al oido)

HAR. ¿Qué dices?... ¡¡Madre!!

(Retrocede con expresión de asombro y terror.)

AUSG. Cuál de las dos pronuncia saber quiero
esa dulce palabra, que mis labios,
al acercarte á mi desnuno seno,
pronunciaron también... ¡pero sin dudas!
¡Con la certeza del amor materno!

HAR. ¿Qué murmuras? ¿qué inventas? ¿qué supones
que yo ni lo concibo ni lo entiendo?...
¿Que ese hombre pudo ser?...
(Señalando á Lotario.) ¡Calla!... ¡Deliras!...
¡No te acerques á mí!... ¡Yo sé de cierto,
que es el alma de Einar la que ha encendido
en mi ser de la vida el sacro fuego!
¡Desdichada, tú dudas!... ¡Yo no dudo!...
¡Einar!... ¡El solo!... ¡El héroe y el guerrero
ese es mi padre!... ¡A voces me lo dicen
la carne, el corazón, y el pensamiento!
¡En un hombre cual yo, ni el germen pudo
cómplice ser de un conde traicionero!
¡Y él lo sabe también!
(Señalando á Lotario.) ¡Lo sabe!... ¡Mira,
su palidez, su asombro y su silencio!

LOT. ¿Si yo supiese la verdad, presumes
que no te la dijera?

HAR. ¡No!... ¡Por miedo!

LOT. (Acercándose lentamente á Haroldo.)
Pues acércate á mí. Mis manos toca.
(Llegando á él y cogiéndole las manos.)
Observa mi semblante. Oye mi acento.
Y busca entre los dos rudos contrastes
ó dulces semejanzas y conciertos.
En mi rostro ¿qué encuentra tu mirada?
Tu piel contra mi piel, pobre mancebo,
¿nada te dice? (Apretándole las manos,)

HAR. Sí: ¡que algo que es mío
aquí en tus manos ardoroso siento!

LOT. ¿Tu sangre?

HAR. Sí: ¡mi sangre! Pero dime:
¿es mancha y está fuera? ¿ó hierve dentro!

LOT. ¿Luego dudas también?
(Ofreciéndole el puñal que antes le dió Haroldo.)
Mata si puedes.

HAR. ¡Dame!
LOT. ¡Toma!
HAR. ¡Por fin! (Alzando el hierro)
LOT. ¡Pronto!
(Haroldo vacila: Ausguerda quiere precipitarse, pero Raguenhar la contiene.)
HAR. ¡No puedo!
¡Si fueses!... ¡No!... ¿Quién sabe?... ¡Madre mía!
¡Ay de mí, que se parte mi cerebro!
¡Sobre mi frente un mundo se desploma!
¡Me busco en lo pasado y no me encuentro!
¡No podían vencerme!... ¡Miserables!
¡No podían vencerme!... ¡Y me vencieron!
(Cae como herido por el rayo junto al arcón de madera: detrás queda Lotario.)
VOCES ¡Muera Haroldo!
VOCES ¡Su vida!
VOCES ¡Muera! ¡Muera!

ESCENA IX

HAROLDO, AUSGUERDA, LOTARIO, RAGUENHAR, SOLDADOS normandos. La disposición de los personajes es la siguiente: Haroldo en tierra junto al arcón, detrás Lotario; Raguenhar y Ausguerda á la derecha; en el fondo soldados normandos con armas y antorchas

SOLDADOS ¡Allí!...
OTROS ¡Por fin!
OTROS (Queriendo precipitarse.)
¡Su sangre!..
RAG. ¡Deteneos!
AUSG. (¡Raguenhar!... ¡Raguenhar!... ¡Salva su vida!)
(Aparte.)
RAG. De humillación á cambio y de desprecio.
AUSG. ¡Pues no la quiere así! (Con fiereza.)
RAG. Pues de otro modo
no ha de obtenerla ya.
VOCES ¡Muerte!
RAG. ¡Silencio!
¿Qué más muerte queréis? Vedle vencido
de su propia soberbia bajo el peso.

¡Todo por su venganza! ¡Y de Lotario
(Con ironía.)
á las plantas se arrastra y tiene miedo!
¿Y su muerte pedís? No, que sería
linaje de piedad, si no era premio.
¡Al Norte vuelva como vil esclavo,
quien de sus playas se alejó soberbio:
la áurea diadema que soñó su frente,
convertida en argolla, caiga al cuello:
y la propia cadena de Lotario,
que libre pende por el otro extremo,
de Haroldo al cinturón se acerque al punto
y en él remache su eslabón postrero!

VOCES ¡Esclavo!

OTRAS ¡Esclavo, sí!

AUSG. ¡Esclavo nunca!

RAG. ¡Obedeced! (Se dirigen á Haroldo.)

HAR. ¡Venid!... ¡Probad mi hierro!
(Levantándose: retroceden.)
¡Cómo podréis hacer, ni tú, ni nadie,
(A Raguenhar.)
de esa mujer al hijo esclavo vuestro,
mientras haya una piedra para el cráneo,
un puñal y una mano para el pecho,
y un abismo en el mar, á donde pueda
arrojar tus cadenas y mi cuerpo!
¡Para buscar venganzas eres torpe!.
¡Vencido como estoy me tienes miedo!
¡Venganza voy á darte, pero digna
del alma que aun así! me infunde aliento;
aunque en las sombras que me envuelven [tercas,
ni sé quién me la dió, ni á quién la debo!

RAG. Si es mejor tu venganza que la mía,
dímela sin temor, que yo la acepto.

HAR. ¿Quieres venir conmigo á donden saben...
lo que saber deseamos? (A Lotario aparte.)

LOT. Sí lo quiero.

HAR. ¡Es más allá de la barrera negra,
que lo humano separa de lo eterno!

LOT. Me asomé muchas veces á esa valla
en murallas y en fosos: no la temo.

HAR. ¿Comprendes lo que digo? (A Lotario.)

LOT. Y no me pesa.
HAR. ¡Que es preciso morir!
LOT. ¿Quién el primero?
HAR. ¡Hemos de ir á la par!...
LOT. Pues hiere pronto.
HAR. Lotario... sabes bien que yo no puedo.
LOT. Pues dame ese puñal, y no separes
la vista de mi rostro ni un momento:
la postrer llamarada de la vida,
dicen que alumbra mucho y va muy lejos.
(Cogiendo el puñal.)
Raguenhar, te quedaste sin rescate.
(Se hiere en el pecho: vacila, se apoya en Haroldo.)
¡Ausguerda... aquí maté!...
(Le arroja el puñal y cae. Después dice incorporándose.)
Á Haroldo.) Ven, que te espero.
(Queda muerto en tierra Lotario: á su lado, en pie, Haroldo: á la derecha Raguenhar y Ausguerda. Pausa.)
RAG. ¡Cobarde!... ¡Eres cobarde!... ¡Te ha espantado
del conde á la cadena andar sujeto,
y en la noche boreal, por entre sombras,
ir siempre, camarada de un miseerio!
HAR. ¡Nada me espanta á mí!
RAG. ¡Nada en los labios!
HAR. ¡Nada en el corazón!
RAG. ¡Vengan los hechos!
HAR. Pues sujeta á mi madre; que no acuda.
AUSG. ¿Qué vas á hacer? (A Haroldo.)
HAR. Yo mismo atar los hierros
que de Lotario la cadena forman,
á los remaches de mi cinto férreo.
(Así lo hace.)
AUSG. ¿Y después? (Con espanto.)
HAR. Y después... ¡Venid normandos,
(Volviéndose.)
y arrojad en el mar nuestros dos cuerpos!
Es tu venganza, pero ¡cuán crecida!
¡cuan otra, Raguenhar, te la devuelvo!
AUSG. ¡Eso no!...
(Raguenhar la sujeta.)
HAR. ¡Pronto á mí! ¡Lotario, espera!
AUSG. ¡Haroldo, no!...

HAR. ¿Dudais?...
(A los normandos que vacilan.) Si vivo quedo,
¿sabéis lo que he de hacer? ¡Pues con mi [espada
voy á espantar del Norte hacia los hielos
á vuestro Dioses todos, que abomino!...
¿lo entendéis?... ¡que abomino y que des- [precio!...
¡Como á palos se espantan en su hartura,
negra bandada de pesados cuervos!

VOCES ¡Al mar, Haroldo!
(Con furor y avanzando: después se detienen.)

AUSG. ¡No!... (Ragenhar la contiene.)

HAR. ¡Venid más cerca!..
¡Miserables piratas!... ¿Tenéis miedo?...

VOCES ¡Muerte! (Avanzando.)

OTRAS ¡Muerte, y al mar!

HAR. ¡A todos llaman
con ronca voz sus espumosos senos!

AUSG. ¡Hijo del alma!...

HAR. (A su madre) ¡Adiós!... ¡Adiós, Aurelia!
¿No veis que aguardo?... ¡Pronto!.

AUSG. (A los normandos.) ¡Deteneos!

HAR. Tumba encontré de mi fiereza digna.

RAG. ¡A las olas, pues tal es su deseo!
¡El abismo del mar bajo tus plantas!
(A Haroldo.)

HAR. ¡Y arriba otro mayor, el de los cielos!
¡A buscar á mi padre voy con éste,
(Refiriéndose á Lotario.)
que acaso lo es, al de los astros negros;
(Señalando hacia abajo.)
que como yo lo encuentre, estando juntos,
juntos también al otro subiremos!
(Señalando hacia arriba. Queda en pie atado por la cadena al cadáver de Lotario. Sobre él se precipitan con furor los normandos. Ausguerda da un grito y cae en los brazos de Raguenhar.)

FIN

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa
María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)
Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.
Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.
Semíramis ó la hija del aire, (refundición) Drama en tres jornadas y en verso.
Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)
La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.
La duda, drama original en tres actos y en prosa.
El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.
Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.
El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

